

## XVII

### LOS TIEMPOS ACTUALES. LOS PAÍSES DE MISIÓN

#### EL SIGLO XX

La época que va desde 1914, fecha del comienzo de la primera guerra mundial, hasta el momento presente, es aún demasiado corta para que pueda ser considerada como un período histórico con substantividad propia. Pero sí puede constituir la introducción a un nuevo período, del mismo modo que las revoluciones y guerras de 1789 a 1814 sirvieron de pórtico al siglo XIX.

Lo que desde ahora puede afirmarse con grandes visos de probabilidad, es que Europa ha perdido su papel conductor del mundo. La primera guerra mundial todavía empezó como una lucha entre las potencias europeas para disputarse la supremacía mundial, pero al terminar, Europa entera estaba agotada, y la segunda guerra ha demostrado que Europa no es ya más que una presa cuya posesión se disputarán en el futuro América y Asia.

La Iglesia se enfrenta con esta tremenda crisis, incomparablemente mejor preparada que cuando tuvo que afrontar la subversión politicosocial iniciada con la Revolución francesa. Es verdad que el gigantesco aniquilamiento de vidas humanas y bienes materiales efectuado por las dos guerras mundiales con sus secuelas y fenómenos concomitantes, infirió también pérdidas enormes a la Iglesia. Pero su armazón interior, en lo que hoy puede advertirse, no ha sufrido el menor menoscabo. La Iglesia no está en situación de tener que empezar de nuevo. Es el único organismo social del mundo que ha quedado inalterado después de las catástrofes que sin interrupción se han sucedido en estos últimos treinta años. Es éste un hecho que comprueban con asombro sus propios enemigos, los cuales, por lo demás, no han disminuido, sino más bien aumentado. En lo que afecta a la Iglesia, la *evolución política* en los distintos países no se distingue, en su carácter general, de la ocurrida en el siglo XIX. Desde el punto de vista de la Iglesia, los gobiernos han seguido con su mismo movimiento pendular entre *Kulturkampf*,

*modus vivendi*, concordato y nueva ruptura. Entre tanto, la labor pastoral sigue ejerciéndose por lo común sin sensibles estorbos.

Los cambios ocurridos en el mapa político después de la primera guerra mundial no fueron del todo desfavorables a la Iglesia. Aunque el catolicismo alemán quedó muy debilitado a consecuencia de la pérdida de territorios con mayoría católica, Alsacia-Lorena, Prusia occidental, Posen, Alta Silesia, por otra parte la constitución de Weimar del 11 de agosto de 1919 no le resultaba desventajosa. La partición de la monarquía austrohúngara en tres estados independientes, junto con la incorporación de importantes territorios a las naciones vecinas, supuso la desaparición, de una gran potencia que, nominalmente al menos, era católica. Sin embargo, los tres nuevos estados, Austria, Hungría, Checoslovaquia, eran predominantemente católicos, así como las naciones vecinas Italia y Polonia, que se enriquecieron a costa de la antigua monarquía. Transilvania, un país religiosamente mixto con numerosa población católica, pasó a Rumania, con la que se firmó un concordato en 1929. Los eslavos del sur católicos, eslovenos, croatas, eslavonios y bosnios, se incorporaron a Servia formando con ella el reino de Yugoslavia, y durante un tiempo gozaron de una relativa tranquilidad en el aspecto religioso, aunque no se concertó ningún concordato.

Polonia, que en 1930 contaba con treinta y un millones de habitantes, de los cuales casi veinte millones eran católicos y tres millones y medio rutenos unidos, podía casi considerarse una gran potencia católica. El concordato fue firmado en 1925. También Lituania, con sus dos millones doscientos mil, era en su mayor parte católica (concordato en 1927).

La independencia de Irlanda (1921) significó también la aparición de un nuevo estado católico, aunque hay razones para dudar de que la Iglesia saliera ganando con ello. Con la pérdida de Irlanda quedó muy debilitada la posición política del catolicismo inglés, y los católicos irlandeses, que hasta entonces habían representado un importante papel en el mundo anglosajón, cayeron en una especie de voluntario aislamiento.

### *El tratado de Letrán.*

Entre las dos guerras mundiales, el acontecimiento más importante en el campo de la política eclesiástica fue la reconciliación del estado italiano con la Santa Sede. El deseo de reconciliarse, en el fondo, lo habían sentido ambas partes desde 1870. En el campo eclesiástico se daba ya por descontado que el restablecimiento del Estado Pontificio no era ni posible ni deseable. De todos modos había que encontrar una solución que no implicara para el papa caer en una situación análoga a la que había ocupado frente a Francia en los tiempos de Aviñón.

Desde 1922 gobernaba en Italia Benito Mussolini en calidad de primer ministro y *duce* del partido fascista. Aunque personalmente indiferente en materia religiosa, estaba obsesionado por la idea de hacer de Italia una gran potencia, y deseaba eliminar la «cuestión romana» que era como una herida abierta en el cuerpo de la nación. Después de difíciles negociaciones, el 11 de febrero de 1929 entró en vigor el tratado llamado de Letrán, por haberse firmado en el palacio papal de este nombre. Lo subscribieron Mussolini, como primer ministro de Italia, y el cardenal Gasparri como secretario de Estado Pontificio. El papa renunciaba a toda pretensión territorial sobre sus antiguos estados. Italia reconocía la zona del Vaticano con la basílica de San Pedro como estado soberano con representación diplomática, derecho a emitir pasaportes, sellos y moneda. Una serie de edificios e institutos papales esparcidos en la ciudad de Roma recibieron el derecho de extraterritorialidad en grados diversos. Italia pagó una indemnización global de mil setecientos cincuenta millones de liras. Al propio tiempo se concertaba un concordato sobre la situación de la Iglesia en Italia, condición impuesta por el papa para la firma del tratado.

Si han sido favorables o desfavorables las consecuencias del tratado de Letrán, sólo podrá decirlo, basándose en la experiencia, la historia futura. Lo que de momento estamos en situación de decir, es que no se ve qué otra cosa podía hacer Pío XI. La desdichada cuestión romana debía ser eliminada de una vez para siempre. Por otra parte, lo que el papa obtuvo en el año 1929 fue un mínimo: en el fondo, poco más de lo que le ofrecía la ley de garantías de 1871, tan enérgicamente rechazada en aquella fecha por Pío IX. En aquel momento importaba levantar la más enérgica protesta contra la expropiación de que se había hecho víctima a la Iglesia.

Pero de nada sirve protestar eternamente. Lo que la Iglesia necesita es la independencia del papa con respecto a cualquier poder político, y esto es lo que garantizaba el tratado de Letrán. Había quienes hubieran preferido una garantía internacional. Italia la rechazó, y Pío XI hizo bien en prescindir de ella. No sólo porque una garantía internacional, prestada verbigracia por la Sociedad de Naciones, hubiera traído consigo una especie de tutela como la que existió en tiempo de la Liga Santa, sino sobre todo porque su valor era nulo. Mientras Italia siga por el camino del derecho, el papa no necesita la garantía de ninguna otra potencia; y si el derecho es conculcado, de nada sirven las garantías.

### *Persecuciones.*

Las matanzas masivas de armenios perpetradas a finales del siglo XIX se reanudaron en 1908 y culminaron en 1915-1918. De una población de dos millones, se exterminó un tercio y fue deportado otro tercio, que en gran parte murió por hambre y privaciones de todo orden. A esta

persecución cruenta sufrida por las comunidades de fieles de una de las más antiguas iglesias cristianas, siguió al poco tiempo la que, con diversas y variadas alternativas, se desencadenó (después de la revolución de noviembre de 1917) en la región nacida URSS, donde la iglesia ortodoxa rusa fue implacablemente diezmada y en grado, si cabe mayor, sufrió idéntico destino la iglesia de Ucrania, cuna del cristianismo en los países eslavos.

En México, adquirió caracteres de creciente violencia la persecución de los católicos, iniciada bajo el mandato presidencial de Carranza (1915-1920) que culminó en múltiples atentados y expoliaciones bajo la presidencia de Plutarco Elías Calles (1924-1928), sin alcanzar una pacificación definitiva hasta 1934, al institucionalizarse el partido de la revolución (PNR).

En España, proclamada la república en 1931, se inició un agitado período parlamentario con disturbios y atentados callejeros, que desembocaron en un pronunciamiento militar y una cruenta guerra civil (1936-1939), cuyo balance arrojó una ingente cifra de víctimas por ambos bandos, con graves daños para la Iglesia.

Desgraciadamente el clima de violencia y los enfrentamientos en el orden social, no menos que el religioso, no cesan de producir víctimas en el continente americano, especialmente en el sur y centro (Nicaragua, Salvador, etc.).

### *El nacionalsocialismo en Alemania.*

Una persecución de índole especial fue la que desencadenó en Alemania el nacionalsocialismo. El movimiento nacionalsocialista había sido en un principio saludado con alborozo por muchos católicos, porque no veían en él peligro alguno para la religión, sino sólo un contrapeso al partido socialdemócrata, que desde el final de la guerra venía ejerciendo la hegemonía. Y en efecto sólo poco a poco fue el nacionalsocialismo adquiriendo el carácter de una ideología filosófica y, al fin, casi el de una religión. Diversos elementos se aunaron para dar lugar a este proceso: la singular propaganda que desde el fin de la guerra había emprendido el general Ludendorff contra «judíos, jesuitas y masones», luego los ataques pseudocientíficos y sobre todo pseudohistóricos de Rosenberg, procedentes de la literatura anticristiana del siglo pasado, las teorías antropológicas sobre las razas, convenientemente desfiguradas para encajar con la ideología nacionalsocialista, y las doctrinas geopolíticas de Haushofer. El suelo propicio para el desarrollo de estos gérmenes lo proporcionó el profundo resentimiento dejado en extensas capas de la población por la paz de Versalles y sus funestas secuelas. Esto era justamente lo que hacía delicada la posición de los católicos. Muchos creían que les sería posible

aprobar, en parte siquiera, la política del nacionalsocialismo con tal que rechazasen su ideología. La prohibición dictada por los obispos de formar parte del partido, acarreó graves conflictos de conciencia.

La crisis económica iniciada en 1930 y la subsiguiente miseria y exasperación de las masas fueron causa de que el partido nacionalsocialista, convertido en partido de los descontentos, experimentara un gigantesco crecimiento. Las grandes potencias extranjeras no advirtieron el peligro. El 30 de enero de 1933 el presidente del Reich Hindenburg nombró canciller a Adolfo Hitler, y en las siguientes elecciones al Reichstag el partido obtuvo el 44 % de todos los votos. Como el nuevo gobierno declaró inmediatamente su propósito de conservar la paz religiosa, e incluso concertó un concordato con la Santa Sede con fecha de 20 de julio de 1933, los obispos no pudieron hacer otra cosa que levantar su prohibición.

Más tarde se ha formulado a menudo la pregunta de cómo fue que Pío XI y su secretario de Estado Pacelli, estando como estaban perfectamente informados de la situación en Alemania, pudieron resolverse a firmar un concordato, que el gobierno consideraba sólo como una jugada política, sin la menor intención de respetarlo. De seguro que no le fue fácil a Pío XI decidirse a dar este paso. Pero el papa no puede rechazar un tratado por el solo peligro de que luego sea conculcado. Lo que no podía consentir es que el gobierno pudiera decir: nosotros hemos alargado la mano, ofreciendo la paz, pero el papa no la ha aceptado. Además, en aquel momento había una cierta posibilidad de que, una vez llegado al poder, el partido nacionalsocialista tomara una actitud más respetuosa con el derecho; la cosa no era en sí muy verosímil, pero, después de todo, la constitución seguía en vigor y el jefe del Estado, con el que el papa concluyó el concordato, era Hindenburg y no Hitler. Las demás potencias concertaron más tarde tratados con Hitler, cuando la constitución estaba ya abrogada, y no existía la menor perspectiva de que se restableciera la normalidad jurídica. Empezó entonces para la Iglesia alemana una época preñada de dificultades. La forzada disolución del partido del Centro apenas podía ya perjudicar en nada, pues el Reichstag no desempeñaba el menor papel. Pero es que además fueron disueltas o «coordinadas» casi todas las organizaciones y asociaciones católicas, lo cual supuso cuantiosas pérdidas patrimoniales. Se cerraron conventos, y muchos clérigos, bajo las más distintas acusaciones o aun sin ellas, fueron encarcelados o confinados en campos de concentración. No es pequeño el número de sacerdotes ejecutados o simplemente asesinados en el período comprendido entre 1933 y 1945. Se ejercía un severo control sobre la predicación y la enseñanza religiosa y no se vacilaba en proceder a base de las declaraciones de los propios niños. Las revistas y hojas parroquiales católicas que podían aún publicarse, debían acoger en sus páginas artículos del partido sin poder declarar que eran de inserción forzosa. En las escuelas se prescribían textos

antirreligiosos. La prensa del partido, que todo lo inundaba, publicaba sátiras blasfemas, como la tristemente célebre del «Cuerpo negro». Abiertamente se invitaba a la gente a separarse de la Iglesia, a menudo ejerciendo una intensa presión moral. Para destruir el prestigio de sacerdotes y religiosos, se organizaron los llamados procesos de moralidad a los que se daba la mayor publicidad posible. Es profundamente lamentable que se hallaran juristas prestos a coadyuvar en estas monstruosidades, en un país como Alemania que tan orgullosa podía estar antes de su intachable cuerpo judicial.

Particularmente doloroso era para los católicos alemanes la opinión difundida en el extranjero, incluso en países católicos, de que en Alemania la Iglesia no sufría ninguna persecución. Alemania estaba totalmente cerrada al exterior. Sólo pasaban la frontera noticias censuradas. Incluso en el interior era difícil hacerse una idea justa de lo que realmente ocurría. No sólo se vejaba y se encarcelaba a católicos, sino también a protestantes, judíos y comunistas en gran número. Podía tenerse la impresión de que el partido dominante se aplicaba a deshacerse de todos los elementos desafectos, y por procedimientos duros, es cierto, pero actuando de un modo imparcial y equitativo, sin estar movido por un odio especial contra la religión o la Iglesia. En los casos particularmente escandalosos, se acudía al manido recurso de explicarlos por una lamentable extralimitación de funcionarios subordinados. En este aspecto, la encíclica *Mit brennender Sorge* del 14 de marzo de 1937, operó como una revelación. En ella hablaba el papa de «maquinaciones que desde un principio no persiguen otro objeto que una lucha de exterminio», de «mil formas de opresión religiosa organizada», de «inauditos conflictos de conciencia en que incurren los fieles cristianos», de «tergiversación, escamoteo, desvirtuamiento, conculcación de tratados». Sobre la exhortación a salir de la Iglesia, dice: «Entre los portavoces hay algunos que utilizan su representación oficial para despertar la creencia de que esta separación de la Iglesia y la consiguiente infidelidad hacia Cristo, nuestro rey, significa una forma particularmente convincente de demostrar la adhesión al actual Estado. Con medidas veladas o francas de coacción e intimidación, con la amenaza de desventajas económicas, profesionales, civiles y de otra índole se ejerce sobre la fidelidad de los católicos a su fe, y en especial sobre la de ciertas clases de funcionarios católicos, una presión que es tan contraria al derecho como atentatoria a la dignidad humana.»

En conjunto, la actitud de los católicos sólo merece admiración. Las grandes masas de la población católica resistieron sin desfallecer. Como en las persecuciones cristianas del Imperio romano, la firmeza demostrada no debe juzgarse sólo por el número de los que llegaron hasta el martirio de sangre, aunque éstos no escasearon tampoco. En el extranjero se oye a veces preguntar por qué los católicos, y especialmente los obispos, no se

defendieron con mayor energía. ¿Cómo podían hacerlo, empero? En un país erizado de armas, la resistencia violenta no tenía la menor perspectiva de éxito, es más, hubiera sido criminal. Una vía jurídica no existía en absoluto. Los numerosos escritos y protestas de las autoridades eclesiásticas desaparecían las más veces en las oficinas, sin que nadie se dignara contestarlas. En lo que se refiere particularmente a los obispos, tenían que contar con que cada paso que dieran sería contestado con represalias contra el clero y la población. Hasta el obispo más animoso lo pensará dos veces, antes de poner en juego, con un gesto heroico pero estéril, los bienes, la libertad y acaso la vida de sus fieles. Como en todas las persecuciones auténticas, no quedaba otro recurso que el de resistir, conservar lo que pudiera ser conservado, y esperar que la tormenta no durara demasiado.

### *Amenazas en Oriente.*

Casi al mismo tiempo que la encíclica de Pío XI contra el nacionalsocialismo apareció la dirigida contra el comunismo. En ella el papa denunciaba y condenaba tanto el ateísmo teórico del bolchevismo, como la política antirreligiosa del sistema comunista, que en Rusia había dado lugar a sangrientas persecuciones contra los cristianos.

La esfera de influencia del comunismo obtuvo una amenazadora expansión como consecuencia de la segunda guerra mundial y de la victoria conseguida por Mao Tse-tung en la China continental.

En su alocución de Navidad del año 1952, el papa Pío XII describía la situación en los graves términos siguientes:

«Las conciencias sufren, además, hoy día otras opresiones. Así, por ejemplo, donde se les imponen a los padres, contra sus convicciones y su voluntad, los educadores de sus hijos; o cuando se hace depender el acceso al trabajo o al lugar del trabajo de la afiliación a determinados partidos o a organizaciones que proceden del mercado del trabajo. Semejantes discriminaciones son síntomas de una idea inexacta de la función propia de las organizaciones sindicales y de su fin propio, a saber, la tutela de los intereses del obrero asalariado en el seno de la sociedad actual, transformada cada vez más en anónima y colectivista. En efecto, ¿cuál es la meta esencial de los sindicatos, sino afirmar prácticamente que el hombre es el sujeto y no el objeto de las relaciones sociales, proteger al individuo contra la irresponsabilidad colectiva de propietarios anónimos y representar a la persona del trabajador ante el que tiende a considerarlo solamente como fuerza productiva a un determinado precio? ¿Cómo, pues, podrían ellos encontrar normal que la defensa de los derechos personales del trabajador esté cada vez más en manos de una colectividad anónima, que obra mediante organizaciones gigantescas de carácter monopolizador? El

trabajador, herido así en sus derechos personales, tendrá que sentir como especialmente penosa la opresión de su libertad y de su conciencia al sentirse cogido entre las ruedas de una gigantesca máquina social.

»El que encontrase infundada esta Nuestra solicitud por la verdadera libertad, al referirnos, como lo hacemos, a la parte del mundo que suele llamarse mundo libre, debería considerar que también en él, primero la guerra propiamente dicha, luego la guerra fría, han conducido forzosamente las relaciones sociales en una dirección que inevitablemente restringe el ejercicio de la libertad misma, al paso que en la otra parte del mundo esta tendencia se ha desarrollado plenamente hasta sus últimas consecuencias.

»En vastas regiones, donde el peso del poder absoluto doblega almas y cuerpos, la Iglesia es la primera en sufrir por ello agudo dolor. Sus hijos son víctimas de una permanente persecución, directa o indirecta, abierta o solapada. Cristiandades o comunidades antiguas, conocidas por el ardor de su fe, por la gloria de sus santos y de sus santas, por el esplendor de sus obras de ciencia teológica y de arte cristiano y, sobre todo, por la difusión de la caridad y de la cultura en medio del pueblo, se ven próximas a la ruina de su externa grandeza. Cristiandades recientes — viña del Señor rica en promesas, regada por el sudor y por la sangre de nuevos apóstoles — mantenidas por las oraciones y los sacrificios de todo el mundo católico, han sido repentinamente sacudidas por el mismo huracán que descuaja a su paso, sin compasión, la añosa encina y el tierno retoño.

»¿Qué quedará de estas cristiandades, antiguas y recientes, cuando venga el "fin de las tribulaciones", que Nos incesantemente imploramos?»

### *Nuevos enfoques.*

Coincidiendo con la muerte de Pío XII y el acceso al pontificado de Juan XXIII, es decir, en los años sesenta, la vida de la Iglesia cobra nuevas orientaciones. Consolidado su lugar en el concierto internacional de las naciones, la Iglesia va a afrontar, quizá menos amedrentada, unos problemas propiamente pastorales. Es la etapa que prepara inmediatamente el concilio Vaticano II y subsigue su clausura, y que viene caracterizada por el lema del *aggiornamento*.

Si los años de preparación y celebración del concilio Vaticano II fueron de particular efervescencia en la vida de la Iglesia, los que siguieron a la celebración del concilio no fueron precisamente de placidez. La Iglesia, en efecto, se enfrentará al reto del proceso de secularización, al problema de la necesaria inculturación del evangelio en las distintas partes del mundo, a las desavenencias en el seno de distintas Iglesias locales divididas en sectores conservadores y progresistas, al surgimiento de nuevas y distintas corrientes teológicas, etc. Son años de gran vitalidad intraeclesial,



pero también de fuertes tensiones, difíciles de afrontar por parte de la jerarquía.

### *Nuevos problemas.*

También durante estos años, a nivel internacional las tensiones han sido frecuentes. Una vez que la llamada «guerra fría» dejó de acaparar la atención del mundo, otros enfrentamientos y problemas han venido sucediéndose y acumulándose vertiginosamente. Tras lo que se podría llamar la «explosión africana», poniendo fin, en gran parte, a la situación colonial de este continente, se han sucedido los dramáticos acontecimientos de la guerra de Vietnam, con sus repercusiones en los países vecinos, la interminable situación bélica en Irlanda del Norte, las continuas tensiones en Oriente Medio (guerras árabe-israelíes, conflictos en Jordania, Siria y Líbano), la difícil situación de Iberoamérica, sujeta en parte a regímenes dictatoriales con sus réplicas revolucionarias, situaciones represivas y acciones guerrilleras. En la vieja Europa, el mayo francés del 68 replantea los principios de convivencia, no sólo a escala nacional...

Y todo esto ha venido acompañado de una fuerte crisis económica en occidente, agravada por la terrible crisis energética (límites y encarecimiento del petróleo, problema de la energía nuclear) y la tremenda realidad del hambre en los países del tercer mundo.

La Iglesia no ha permanecido insensible, y aunque las preocupaciones intraeclesiales embargaban su atención, siempre mantuvo una política en favor de la paz (v. pág. 514-516).

## LOS PAPAS A PARTIR DE 1914

### *Benedicto XV (1914-1922).*

Cuando murió Pío X en agosto de 1914, Italia era aún neutral, por lo que hasta los cardenales de los países beligerantes pudieron asistir al conclave. Fue elegido Giacomo Della Chiesa, con el nombre de Benedicto XV. Había sido subsecretario de Estado bajo León XIII, luego arzobispo de Bolonia y cardenal desde poco tiempo atrás.

Resultaba extraordinariamente difícil para el papa mantener la rigurosa neutralidad que su cargo le imponía pues las dos partes beligerantes estaban convencidas de la justicia de su causa y les molestaba que el papa no se declarara por ellos. Saltaba a la vista, por otro lado, que era justamente la neutralidad lo que más había de favorecer el prestigio político del papado. Inglaterra y Holanda, que hasta entonces no habían estado representadas en el Vaticano, enviaron embajadores en 1914. La

cosa no dejó de preocupar a Italia. Pocos días antes de su entrada en la guerra, Italia se hizo prometer por sus aliados en el convenio secreto de Londres del 26 de abril de 1915, que el papa no tendría entrada en las futuras negociaciones de paz.

El 1.º de agosto de 1917 Benedicto XV envió una nota diplomática a todas las potencias beligerantes exhortándolas a una paz de compromiso. Los gobiernos o no contestaron la nota, o la contestaron con una negativa. En vista de lo cual el papa se esforzó para atenuar al menos los sufrimientos provocados por la guerra, y aquí sí que consiguió importantes resultados.

En la vida interior de la Iglesia el nombre de Benedicto XV va unido a la creación de nuevas congregaciones de cardenales, una para los estudios en seminarios y universidades (1915) y otra para las Iglesias de rito oriental (1917). También llevó a término la gran obra de su predecesor, la codificación de todo el derecho canónico, con la publicación del *Codex Iuris Canonici* (1917). Los especialistas de todo el mundo estimaron el nuevo código como una obra maestra en el campo legislativo.

Benedicto XV no era una personalidad brillante como León XIII, sino un carácter noble y muy templado, además de muy inteligente y totalmente abnegado. La Iglesia no hubiera podido elegir mejor jefe para pasar los duros años de la guerra mundial y las crisis no menos penosas que la siguieron. De salud siempre débil, murió inesperadamente el 22 de enero de 1922.

### *Pío XI (1922-1939).*

Después de casi un siglo de estar la Silla de san Pedro ocupada por hombres de tan extraordinario valor, podía parecer dudoso que una vez más pudiera encontrarse una personalidad realmente grande para ejercer este cargo, el más alto de la tierra. Algunos pensaban en Gasparri, el verdadero creador del nuevo código, que había sido secretario de Estado bajo Benedicto XV; otros pensaban en Merry del Val, el secretario de Estado de Pío X, pero que tenía muchos enemigos. Al fin fue elegido un *homo novus*, Achille Ratti, desde hacía poco arzobispo de Milán y cardenal. Como hombre de ciencia no era, empero, Ratti ningún *homo novus*. En Milán había sido prefecto de la biblioteca Ambrosiana, más tarde lo había sido en Roma de la Vaticana, estaba en correspondencia con muchos eruditos, conocía muchos países extranjeros y hablaba corrientemente el alemán.

Pío XI tenía mucho de los grandes papas reformistas del siglo XVI: su vitalidad y capacidad de trabajo, su amplitud de visión, y también su afición a construir. Cuando las finanzas de la Santa Sede se vieron más aliviadas gracias al tratado con Italia, emprendió una total restauración del conjunto del palacio Vaticano, que bien lo necesitaba, creó la pinacoteca

Vaticana y erigió una serie de edificios utilitarios en la Ciudad del Vaticano, entre ellos la emisora de radio y varios institutos en Roma. Para sus colaboradores inmediatos no era un superior de trato cómodo, pues exigía mucho de todo el mundo, pero sabía también inspirar confianza. Su secretario de Estado durante la primera mitad de su pontificado fue Gasparri, y desde 1930 Pacelli, del que esperaba que fuera su sucesor.

Para la gran obra de la reconciliación con Italia era Pío XI el hombre más indicado, pues podía tratar de igual a igual a aquel genial hombre de acción que fue Mussolini, sin que éste pudiera intimidarle. Cuando en 1938 Hitler hizo un viaje a Roma, recibido por Mussolini con pompa real, sin ir a visitar al papa. Pío XI se retiró a su villa de Castelgandolfo e hizo cerrar los museos del Vaticano.

Entre las numerosas encíclicas de Pío XI destacan la referente a la moral matrimonial (*Casti connubii*, 1930) y la relativa al orden social (*Quadragesimo anno*, 1931), enlazada con la encíclica *Rerum novarum* de León XIII, aparecida cuarenta años antes. No tuvieron en cambio el resultado apetecido sus esfuerzos acerca de la Acción Católica, que él concebía como un instrumento para una más enérgica y completa organización del apostolado laico. En muchos países no italianos, donde los seculares católicos pecaban casi de un exceso de organización, la Acción Católica fue entendida como una especie de organismo central simultáneamente ramificado en grupos diocesanos y parroquiales, lo que no sólo significaba una perturbación para muchas grandes corporaciones ya existentes sino que produjo además una mayor vinculación a la jerarquía de las organizaciones seculares, en lugar de crear el deseado apostolado laico. Además del año santo normal de 1925, Pío XI hizo celebrar dos jubileos extraordinarios, en 1929 y en 1933, de los cuales el último sobre todo atrajo a Roma una cantidad jamás vista de peregrinos. A Pío XI le gustaban las grandes solemnidades y se preocupaba de que se celebraran con la mayor dignidad posible. Pero no ambicionaba la popularidad. Entre el pueblo romano fue acaso menos popular que muchos de sus antecesores, pero era en cambio muy respetado. Esto se vio con ocasión de su fallecimiento. Durante varios días estuvo la gente (un millón de personas) desfilando ante el cadáver expuesto en la basílica de San Pedro, y los cinco mil soldados facilitados por el gobierno italiano apenas bastaban para mantener el orden en la gran plaza.

*Pío XII (1939-1958).*

Al conclave pudieron asistir todos los cardenales vivos, cosa que nunca había ocurrido hasta entonces. Ya en el tercer escrutinio fue elegido el cardenal Eugenio Pacelli, secretario de Estado bajo el anterior pontífice. El resultado de la elección respondió a lo que todo el mundo esperaba. Pío

XII conocía personalmente a casi todos los principales gobernantes, había estado en Estados Unidos y Sudamérica, hablaba muchas lenguas, entre ellas el alemán casi sin acento extranjero. A los romanos les llenaba de alborozo ver de nuevo, después de largo tiempo, a un hijo de la Ciudad Eterna entronizado en la Silla de san Pedro.

El papa, en cambio, no tenía ningún motivo para alborozarse.

Seis meses apenas después de su elección estalló la segunda guerra mundial, largo tiempo temida. Pío XII no había dejado sin probar nada que pudiera evitar la guerra. Su propuesta de celebrar una conferencia internacional para solventar las cuestiones en litigio (mayo 1939) resultó impracticable; fallaron sus esfuerzos de mediar, junto con el gobierno inglés, entre Alemania y Polonia. Quedó también sin efecto su llamamiento a la paz de 24 de agosto de 1939, en el que advertía: «Nada se pierde con la paz, con la guerra puede perderse todo.» Una vez más intentó el papa en conjunción con los Estados Unidos, impedir al menos que Italia entrara en la guerra al lado de Alemania. Pero también aquí fueron vanos sus esfuerzos, a pesar de haber empeñado en ellos su autoridad personal.

Para llevar la guerra a un rápido final, Pío XII llegó hasta hacer de intermediario entre la resistencia militar alemana y el gobierno inglés, a fines de 1939 y comienzos de 1940. Condición previa era que en Alemania fuera derrocada la dictadura; no sólo los dos bandos se comunicaban a través del Vaticano, sino que el papa salió personalmente fiador de la seriedad de la resistencia alemana y, a la vez, de la sinceridad de las promesas británicas. Pero este plan se vino abajo en febrero de 1940, cuando el comandante supremo del ejército alemán, el mariscal von Brauchitsch, retiró su colaboración.

La situación del papa, a consecuencia de los tratados de Letrán, era más ventajosa que en la guerra anterior. Entonces, al entrar en la guerra, Italia había obligado a salir de Roma a los representantes de las potencias enemigas en el Vaticano. Ahora el cuerpo diplomático pudo quedarse en sus puestos, sólo que los representantes de las potencias en guerra con Italia tuvieron que trasladarse a la ciudad del Vaticano. El presidente de los Estados Unidos, que no tenía embajador junto a la Santa Sede, nombró a un representante personal. Aunque el Vaticano era objeto de cuidadosa vigilancia, la soberanía del papa no fue conculcada, aparte de algunas intromisiones. El Pontífice disponía además de medios más eficaces que en tiempo de Benedicto XV, la radio sobre todo, para mantenerse en contacto con toda la cristiandad.

Pío XII se sirvió sobre todo de sus grandes mensajes de navidad para, reanudando el hilo de las ideas que habían guiado a Benedicto XV en su labor en pro de la paz durante la primera guerra mundial, exhortar a los Estados beligerantes a que convinieran en una paz justa y equitativa, «que no tomara por base la cuestión de la culpabilidad ni la exigencia de una

reparación completa; por otra parte, debía incluir la devolución de todos los territorios conquistados y ocupados militarmente; finalmente, ninguna nación debe imponer a otra sacrificios de derechos y recursos que ella misma consideraría intolerables si le fueran impuestos».

En julio de 1943 Mussolini fue derribado. En septiembre el gobierno italiano concertó un armisticio con los aliados. El rey salió de Roma, y después de un breve tiroteo las tropas alemanas ocuparon la ciudad. Pero tampoco entonces se emprendió ninguna acción en serio contra el papa, aparte de algunos inútiles intentos de destruir con bombas la emisora vaticana. No se sabe hasta dónde llegaban los planes del alto mando alemán. En todo caso, el papa estaba decidido a permanecer en Roma. Por vía diplomática se esforzó en disuadir a los aliados de bombardear Roma, aunque la ciudad era un hormiguero de tropas alemanas; consiguió en efecto, que la ciudad propiamente dicha fuera respetada, si bien los suburbios tuvieron que soportar algunos intensos bombardeos aéreos. Cuando finalmente los aliados entraron en Roma en junio de 1944, la agradecida población tributó al papa las más entusiastas ovaciones.

Durante toda la guerra no se cansó el papa de exhortar a los combatientes, por vía diplomática y también por radio, a que observaran una conducta humana. Cuando los alemanes ocuparon casi toda Europa, advirtió repetidas veces la conveniencia de no tratar con excesiva dureza a los países sometidos. Esta preocupación destaca sobre todo en las cartas de Pío XII a los obispos alemanes, a casi todos los cuales conocía personalmente desde los días de su nunciatura en Berlín; estas cartas han sido publicadas posteriormente. Lo que en todo ello estaba en juego era, según sus propias palabras, «no sólo valores exclusivamente cristianos y católicos, sino también las últimas bases morales de la existencia y de la dignidad humanas, la ley natural dictada por Dios». Ya durante la guerra, y aún más después de su muerte, le fue reprochado al papa su supuesto «silencio». En realidad había intentado en cuanto era posible protestar contra las numerosas violaciones de derecho y crueldades inhumanas que se cometieron en el curso de la contienda. Si no hizo más fue, como dijo el 13 de mayo de 1940 al embajador italiano, por temor de que «empeoraríamos aún la situación de aquellos desdichados (los polacos), si nos decidiéramos a hablar claramente». Durante la ocupación de Roma por los alemanes hallaron refugio en edificios eclesiásticos más de 5000 judíos, cuya vida no podía el papa poner en peligro con una protesta abierta. La lucha que en su propia conciencia sostenía, resalta claramente en la carta dirigida a los obispos alemanes: «... resulta a menudo dolorosamente difícil decidir qué es lo que más conviene: la reserva y un silencio cauteloso, o un hablar franco y una acción vigorosa» (3 de marzo de 1944).

El papa organizó en el Vaticano una serie de obras asistenciales, entre ellas una oficina para la búsqueda de prisioneros, que pudo dar

noticias del paradero de ocho millones de desaparecidos. Sobre todo desde la entrada de los aliados en Roma afluyeron donativos de todas partes, especialmente de América y de España, gracias a los cuales los trenes y convoyes de camiones papales, llenos de víveres y prendas de vestir, rodaban incesantemente por toda Italia y mucho más allá.

Durante la guerra no hubo, naturalmente, las habituales peregrinaciones a Roma, pero en cierto modo fueron substituidas por los cientos de miles de soldados que pasaron por la ciudad y aprovecharon su breve estancia en ella para ir a ver al papa: primero los alemanes, luego soldados aliados de todas las partes del mundo. El papa concedía audiencias sin parar, dejando de lado todo ceremonial y hablando con la gente en todas las lenguas. La mayoría de los visitantes no eran católicos, y muchos procedían de regiones en las que prevalecían todavía los más oscuros prejuicios contra todo lo que fuera católico. La impresión que producía la llana amabilidad del jefe supremo de la Iglesia era siempre profundísima.

Mientras duraron las hostilidades, el papa no nombró ningún cardenal. En febrero de 1946 creó treinta y dos de una vez, entre ellos los obispos de La Habana, Lima, Santiago de Chile, Rosario (Argentina), São Paulo (Brasil), Utrecht, Lorenzo Marques (África portuguesa), Pekín, Sydney, Toronto (Canadá), y cuatro norteamericanos. Pero también la vencida Alemania recibió tres nuevos cardenales: Frings de Colonia, Preysing de Berlín y Galen de Münster, aunque este último murió a las pocas semanas. Recién salido el mundo de una guerra tan devastadora, estos nombramientos fueron una elocuente demostración del carácter universal de la Iglesia.

Tanto más sorprendente resulta, dadas las cualidades de este papa, y la conducta por él observada, la violenta campaña anticlerical desencadenada en Italia inmediatamente después de terminada la guerra: en todas las esquinas de Roma se repartían hojas llenas de las más soeces injurias y caricaturas contra el papa y el clero.

La campaña desencadenada, pocos años después de su muerte, contra la memoria de Pío XII, al que se acusaba de falta de valor, de callar cobardemente, de secreta inclinación hacia el nacionalsocialismo y de resentimiento contra el comunismo, no fue sino una tardía repetición de las denuncias que inmediatamente después de la guerra se levantaron contra el papado en todos los países comunistas. La verdad es que, aun después de declarada la guerra a Rusia, el papa se había abstenido adrede de decir nada que pudiera ni de lejos entenderse como una admisión de que la guerra fuera una amada contra el comunismo o una guerra santa.

Atendiendo a un deseo largo tiempo acariciado por amplio círculos católicos, Pío XII se resolvió a definir el dogma de la asunción de María. La celebración litúrgica, el 15 de agosto, de este misterio de la fe puede

seguirse en la Iglesia griega hasta el siglo VI, y en la occidental hasta el VII. En la teología esta doctrina no había sido nunca discutida. Sin embargo, la definición fue precedida de un amplio y profundo estudio teológico, y de una consulta extendida a todos los obispos. La única dificultad consistía en la conveniencia de evitar que la definición pareciera incluir también las leyendas, muy antiguas por lo demás, relativas al tránsito de la Virgen. Una vez concluida toda la labor preparatoria, el 1.º de noviembre de 1950 proclamó el papa, en presencia de una inmensa multitud de peregrinos procedentes de todas las partes del mundo, la antigua doctrina que ahora pasaba a ser dogma de fe.

Pío XII dio los primeros pasos para una nueva ordenación general del breviario y del misal romano. A personal sugerencia suya se debe la nueva versión latina del salterio. Una nueva ordenación del ayuno eucarístico, acomodada al ritmo actual de vida, fue consecuencia forzosa del decreto de Pío X acerca de la frecuencia de la comunión.

De entre sus muchas encíclicas, tiene particular importancia la *Mediator Dei* (1947), carta magna del movimiento litúrgico y corrección de algunas desviaciones del mismo. Acaso son aún más importantes los principios filosófico-sociales, contenidos en sus numerosos discursos y radiomensajes (21 tomos), con los que, apoyándose en el derecho natural, quiso poner un dique a las pretensiones de precipitados reformadores respecto al socialismo del estado, limitación de la propiedad privada y excesivas exigencias en el contrato de trabajo.

Hasta los últimos días de su vida, Pío XII defendió infatigablemente la dignidad humana y el derecho de los oprimidos. Hacia el final de su pontificado, la amenaza a la Iglesia y a la paz por parte del comunismo mundial ateo motivó una solemne condenación de éste (1949) que no ahorró, sin embargo, los más duros sufrimientos a obispos, sacerdotes y fieles y hasta en algunos estados, brotes de dolorosas escisiones.

Aunque durante las hostilidades el régimen estalinista suspendió, por motivos tácticos, su lucha activa contra el cristianismo, la Iglesia católica quedó excluida de esta tregua. Al extenderse hacia occidente el dominio ruso, la iglesia ortodoxa fue utilizada y coordinada como un oportuno y condescendiente instrumento para la propaganda política. Las Iglesias uniatas de Ucrania occidental de Eslovaquia y de Rumania fueron separadas a la fuerza de Roma e incorporadas a la iglesia ortodoxa. En los Estados bálticos, violentamente anexionados por Rusia, la población católica fue reducida a una fracción de lo que antes era por medio de deportaciones y otras brutalidades. En los países del bloque oriental situados dentro de la zona de influencia rusa, o temporalmente adscritos a ella (Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Yugoslavia) hubo numerosas persecuciones en masa, detenciones de obispos y sacerdotes, disolución de conventos y escuelas católicas. En 1954 la mitad de los

obispos y unos 2000 sacerdotes polacos estaban en la cárcel; no menos encarnizada era la persecución en otros países. Además cesaron totalmente las relaciones diplomáticas de estos Estados con la Santa Sede.

Huelga decir que también en la zona comunista de Alemania el fin último de la política religiosa era la liquidación total de la religión y de la Iglesia. Sin embargo, en atención a la situación conjunta de Alemania, los comunistas no creyeron conveniente acudir aquí a medidas demasiado drásticas. Con tanto mayor empeño se prosiguió en la escuela, en la universidad y en el ejército la educación del pueblo en el ateísmo — sin abstenerse de medidas violentas —, de modo que el peso mayor de esta opresión cargaba sobre los laicos y especialmente en las familias.

Pío XII murió el 9 de octubre de 1958 en Castelgandolfo. Su muerte demostró hasta qué punto había logrado el papa ganarse la estima y veneración de todo el mundo. El duelo fue aquellos días universal. La ciudad de Roma, que veneraba particularmente al papa como su «salvador», recibió al gran difunto en una manifestación de duelo sin par en la historia.

#### *Juan XXIII (1958-1963).*

Cincuenta y dos cardenales se reunieron para el conclave. Dos murieron todavía sede vacante. Dos no pudieron acudir a Roma: El cardenal José Mindszenty que, liberado de la prisión comunista por la revolución de Hungría en 1956, vivía refugiado en la embajada norteamericana de Budapest, y el cardenal Luis Stepinac, que tras años de cautividad, estaba internado en su pueblo natal croata, Krasic, y tenía que temer que, de abandonar el país, no podría volver más a Yugoslavia. Fue elegido el hasta entonces patriarca de Venecia, cardenal Angelo Giuseppe Roncalli, que tomó el nombre de Juan XXIII. Anteriormente había sido visitador apostólico en Bulgaria, delegado apostólico en Turquía y Grecia y, después de la segunda guerra mundial, nuncio apostólico en Francia. Le precedía la fama no sólo de prudente diplomático, sino también de bondadoso pastor de almas.

Como ningún otra papa, Juan XXIII se consagró inmediatamente a sus tareas de obispo de Roma. Rompiendo todas las formas del protocolo vigente, hizo frecuentes salidas del Vaticano, hasta el punto de participar durante la cuaresma en la liturgia de las varias iglesias estacionales, y visitar colegios, hospitales y cárceles. Las visitas del papa a las parroquias suburbanas se hicieron habituales durante su pontificado.

El 25 de enero de 1959, Juan XXIII anunciaba la convocación de un concilio ecuménico y de un sínodo diocesano de Roma, así como la reforma del derecho canónico. El anuncio del concilio Vaticano II despertó vivo interés en todas las partes del mundo y suscitó vivas discusiones entre



las comunidades o iglesias separadas de Roma. Juan XXIII señaló en posteriores alocuciones como misión capital del concilio la renovación o «puesta al día» (*aggiornamento*) de la Iglesia católica, como primer paso para la futura unificación de toda la cristiandad.

El sínodo romano, el primero en la historia de aquella diócesis, se celebró a fines de enero de 1960. El sínodo trató de aplicar a la Roma cosmopolita las experiencias pastorales hechas en diversas partes de la Iglesia universal y consideró como medio esencial para la renovación de la vida religiosa de la ciudad eterna el remozamiento e intensificación de la vida sacerdotal.

El concilio Vaticano II, de que trataremos en la página 508s y sigs., inauguró sus tareas el 11 de octubre de 1962. La Comisión para la reforma del derecho canónico quedó constituida en Roma el 29 de marzo de 1963.

Ya en sus primeras creaciones de cardenales, rebasó Juan XXIII el número máximo tradicional de 70 cardenales. Esta ampliación del colegio cardenalicio perseguía dos fines. En primer lugar, por el nombramiento de numerosos cardenales de curia, el papa fue distribuyendo las tareas administrativas y de gobierno de la sede apostólica sobre el mayor número de personas posible, siendo de notar que los nuevos nombramientos afectaron a cardenales no italianos en medida hasta entonces desconocida. En segundo lugar, la ampliación hizo posible una representación más proporcionada de toda la Iglesia dentro del sacro colegio. Así Juan XXIII elevó por vez primera al cardenalato a obispos de Méjico, Uruguay, Japón, Filipinas y también a un obispo africano. Por voluntad del papa, los cardenales no residentes en Roma han de participar más intensamente que hasta ahora en el gobierno de la Iglesia universal. En lo sucesivo, en sus estancias en Roma, han de asistir a las sesiones de las congregaciones a que pertenezcan.

La creación de un Secretariado para la unión de los cristianos y la elevación del nuevo organismo a la categoría de Comisión conciliar (1960) pusieron de relieve la sincera preocupación del papa por el problema ecuménico. La labor desarrollada por este Secretariado en un breve lapso de tiempo constituye uno de los más indiscutibles timbres de gloria de su pontificado.

Son nueve las cartas encíclicas escritas por Juan XXIII: sobre el sacerdocio, con ocasión del centenario de la muerte de san Juan Bautista Vianney (*Sacerdotii nostri primordia*, 1-8-1959); sobre el santo rosario (*Grata recordatio*, 26-9-1959); sobre la situación de la Iglesia en países de misión (*Princeps pastorum*, 28-11-1959); sobre la devoción a la preciosísima sangre (*Inde a primis*, 2-6-1960); sobre el centenario de san León Magno (*Aeterna Dei sapientia*, 11-11-1961); sobre el futuro concilio (*Poenitentiam agere*, 1-7-1962); sobre la verdad, la unidad y la paz promovidas con espíritu de caridad (*Ad Petri cathedram*, 29-6-1959); sobre

la doctrina social de la Iglesia (*Mater et magistra*, 25-5-1961) y sobre la paz entre los pueblos (*Pacem in terris*, 11-4-1963). De estas cartas, las tres que mencionamos en último lugar fueron dirigidas al mundo entero; la *Pacem in terris*, escrita pocas semanas antes de su muerte, el papa la publicó con la cabecera tradicional, añadiendo al final: «a todos los hombres de buena voluntad».

Esta generosa abertura del pontífice explica sin duda el eco enorme que tuvo su llamada dentro de la Iglesia y fuera de ella. Lejos de ser un «papa de transición» como algunos observadores habían pronosticado a raíz de su elección para ocupar el solio pontificio, Juan XXIII, en su breve pontificado, habrá impreso una profunda huella en la vida de la Iglesia. Los escritos emanados de su supremo magisterio, de modo especial sus dos encíclicas *Mater et Maestra* y *Pacem in terris*, figurarán entre los grandes documentos de la Iglesia de nuestro siglo. Pero es, sobre todo, la personalidad limpiamente evangélica de Juan XXIII, y su cristiana sencillez lo que le conquistaron el respeto y el amor de todos los hombres sin diferencia de raza o religión, que manifestaron de modo realmente impresionante el dolor que produjo su santa muerte ocurrida el 3 de junio de 1963. Se ha dicho de él que vino a señalar caminos: con su velocidad y brevedad de flecha, que dice: «Por ahí», aunque luego el transitar todo el camino y el llegar hasta ahí sea operación que quede encomendada a la metódica tarea de los que vengan detrás.

### *Pablo VI (1963-1978)*

Para suceder a Juan XXIII fue elegido, el 21 de junio de 1963, en el tercer escrutinio de un conclave que duró un solo día, el arzobispo de Milán, Giovanni Battista Montini (\* 1897). Asistieron al conclave ochenta cardenales (dejaron de acudir Mindszenty, de Budapest y La Torre, de Quito). El nuevo pontífice había trabajado en la Secretaría de Estado junto a Pío XII hasta 1954, como sustituto y, más tarde, prosecretario de Estado. En el año indicado es promovido arzobispo de Milán e inicia una incansable acción pastoral que se prolonga a lo largo de ocho años. Al ser elegido papa, adoptó el nombre de Pablo VI. Inmediatamente declaró que pensaba continuar y llevar a buen fin el concilio que la muerte de Juan XXIII había interrumpido; en 1965, después de cuatro densas sesiones el Vaticano II quedó clausurado.

Produjeron una sensación mundial los viajes al extranjero emprendidos por Pablo VI, los primeros que hacía un pontífice desde la visita que en 1804 hizo Pío VII a París para la coronación de Napoleón I. El primer viaje —anunciado a la terminación de la segunda sesión del concilio— fue a Tierra Santa, en 1964, donde se entrevistó con el patriarca ecuménico de la Iglesia ortodoxa, Atenágoras, e intercambió con él el

ósculo de hermano. A últimos del mismo año asistió al congreso eucarístico de Bombay. En 1965 habló ante la asamblea general de las Naciones Unidas en Nueva York. Un proyectado viaje al santuario polaco de Czestochowa, para clausurar la celebración del milenario de la evangelización de Polonia, fue impedido por la oposición del gobierno de aquel país. En el cincuentenario de las apariciones de Fátima (1967) visitó el papa este santuario portugués. El 25 y 26 de julio de 1967 Pablo VI estuvo en Turquía, visitó Estambul y Éfeso y tuvo una nueva conferencia con el patriarca ecuménico Atenágoras. Al año siguiente, se dirige a Bogotá (1968) para asistir al congreso eucarístico y también para inaugurar en Medellín la II asamblea general del CELAM (Consejo Episcopal Latino Americano). En 1969 se traslada a Ginebra para pronunciar en la sede de la OIT (Organización Internacional del Trabajo) un discurso pidiendo que se supere el desequilibrio entre países ricos y pobres. Visita asimismo la sede del Consejo Ecuménico de las Iglesias. El mismo año se traslada a Uganda. Finalmente, en 1970, a los 73 años de edad, realiza su viaje más largo y agotador (diez días) a extremo oriente, con el triste episodio del frustrado atentado de Manila. Tal actividad de apostolado itinerante, corriendo incluso graves peligros, le vale la simpatía de las Iglesias cristianas alejadas de Roma que ven en él «el papa del diálogo y de la paz».

Siguiendo los pasos de las encíclicas de Juan XXIII, también las de Pablo VI hallaron, por lo general, un eco notable, traspasando en muchos casos las simples fronteras de los intereses eclesiales. La *Ecclesiam suam* (1964) fue una exhortación a la fidelidad a la tradición dentro de la necesaria renovación y un impulso a la actitud dialogante de la Iglesia. *Mysterium fidei* (1965) quería salir al paso de las discusiones existentes entre los teólogos sobre la comprensión de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y el sentido del rito fundamental de la Iglesia de Jesucristo. *Populorum progressio* (1967) postulaba el progreso económico, cultural y espiritual de los pueblos subdesarrollados y era una llamada a los países ricos en favor de los pobres. *Sacerdotalis caelibatus* (1967) defendía la condición tradicional del sacerdote en su concepción. Finalmente, *Humanae vitae* (1968) suscitó discusiones interminables.

Pablo VI, fallecido el 6 de agosto de 1978, hacía él mismo un balance de su pontificado en la homilía pronunciada el 29 de junio del mismo año. Afirmaba el papa que su servicio había querido ser el de Pedro: servir a la verdad de la fe y ofrecer esta verdad a cuantos la buscan. La verdad de la fe es el depósito recibido de Cristo por medio de los apóstoles, que se mantiene intacto en la Iglesia gracias a la presencia en ella del Espíritu Santo y a la misión especial confiada a Pedro y a la del colegio de los apóstoles, en comunión con Pedro. Éste, decía el papa, ha sido el propósito de estos quince años de pontificado: *fidem servavi*.

Éste se caracterizó, pues, por un creciente interés del mundo hacia la Iglesia, pero también por una inquietud, advertida incluso entre los creyentes, que no ha sido provocada por el concilio, pero que éste ha hecho patente. La necesidad de adaptar la Iglesia al mundo moderno —lo que el papa Juan XXIII llamaba «aggiornamento» —, necesidad que existía desde mucho atrás, pero a la que quizá no se había prestado atención suficiente, se manifestó y cobró forma precisamente en el concilio.

Y en este punto, conviene recordar la actitud pontificia con respecto al tercer mundo, a los países del Este y a las ideologías tradicionalmente tenidas por adversarias de la Iglesia (con la famosa distinción, recogida de *Pacem in terris*, entre las doctrinas firmemente establecidas y los movimientos socialistas o marxistas).

#### *Juan Pablo I (agosto-septiembre 1978)*

A la muerte de Pablo VI, es elegido papa el cardenal Albino Luciani, patriarca de Venecia. Había nacido en Canale d'Agordo el 17 de octubre de 1912, de una familia modesta. Fue consagrado obispo por Juan XXIII, el día 27 de diciembre de 1958. Desde esta fecha ocupa el obispado de Vittorio Veneto, hasta que el 15 de diciembre de 1969 es nombrado patriarca de Venecia. Pablo VI le elevó al cardenalato en la primavera de 1973. El 26 de agosto de 1978 era elegido papa.

Durante los días que precedieron a la elección, era sentir común de bastantes sectores de la Iglesia la necesidad de que el nuevo papa fuese un pastor sencillo, más que un hombre de curia. La elección de Luciani ponía de manifiesto que estas ideas no estaban muy alejadas de las mentes cardenalicias que participaron en el conclave. Luciani, en efecto, se mostró persona sencilla y amable, de sonrisa franca y tímida, que renunció a la silla gestatoria en su primera aparición y recorrió a pie, como los demás, el camino que le llevaba a la coronación papal (denominación tradicional que rechazó). Escogió como lema de su pontificado la *humilitas*. Pero estas esperanzas quedaron truncadas apenas un mes más tarde. Albino Luciani falleció el 29 de septiembre, al parecer de un ataque cardíaco. La elección de su nombre dual manifestaba claramente su intención de seguir la línea que, trazada por Juan XXIII, había sido continuada por Pablo VI.

#### *Juan Pablo II (desde octubre 1978)*

La súbita muerte de Albino Luciani sorprendió desprevenida a la Iglesia. El nuevo conclave, reunido apresuradamente, eligió papa al polaco Karol Wojtyła, apenas conocido fuera de las esferas de la curia y de su propia patria. Era el 16 de octubre de 1978.

Karol Woytila había nacido el 18 de mayo de 1920 en Wadowice. Era estudiante de eslavística en Cracovia, cuando tuvo lugar la invasión de Polonia por parte de los ejércitos hitlerianos. Gracias a unos amigos, consiguió trabajo en la empresa Solvay y así pudo sobrevivir en unos momentos especialmente difíciles. Durante este período sombrío de la historia de su país, Woytila militaba en una organización juvenil católica, en la que desarrolló ya cierta actividad apostólica. Y aunque sus ideales se centraban en su patria oprimida, afanándose por la cultura polaca y, sobre todo, por su teatro, Woytila decide por esta época hacerse sacerdote. Acude a ver al arzobispo Sapieha, responsable de Cracovia, el cual había organizado, dentro mismo de su propio palacio episcopal, un seminario clandestino.

En él Woytila efectuará sus estudios, y una vez ordenado sacerdote, el 1.º de noviembre de 1946, es destinado a Roma para graduarse en teología. Pasa dos años en Roma, y el verano, por consejo de su arzobispo, visita Francia y Bélgica. Ahí entra en contacto con el movimiento que culminará en la *Mission de France* y también con la *Juventud Obrera Católica* (JOC).

De regreso a Polonia —una vez obtenido el grado con un trabajo sobre el tema de *La fe en la obra de san Juan de la Cruz*—, es enviado como vicario a un pueblecito de la diócesis, donde vuelve a encontrar la Polonia eterna. Gente sencilla, de un catolicismo tradicional, donde el sacerdote sigue siendo la máxima autoridad.

Acabado este año, Woytila recibe el encargo de preparar un trabajo de habilitación, en el que intenta hallar una fundamentación de la moral católica en la filosofía de los valores de Max Scheler (*El sistema filosófico de Max Scheler, ¿puede ser empleado como instrumento en la elaboración de la ética cristiana?*).

Cuando Cracovia solicita de Roma la concesión de un obispo auxiliar, la elección recae en Karol Woytila (consagrado obispo el 28-9-58). Durante estos años alterna su actividad pastoral diocesana con su docencia en la universidad.

Como obispo auxiliar participa en el concilio Vaticano II, e interviene principalmente en los debates sobre la Iglesia en el mundo y sobre la libertad religiosa.

Siendo Polonia una nación terriblemente torturada y dispersa por el mundo a raíz de la segunda guerra mundial, el obispo Woytila realiza varios viajes para mantener contactos con los polacos que residen lejos de su patria. De esta forma visita Canadá, EE. UU. y asiste incluso al congreso eucarístico de Melbourne. La diócesis de Cracovia le recibe finalmente como arzobispo titular el 15 de enero de 1964. Su actuación en la conferencia episcopal polaca es muy importante, y dentro de ella es uno de los que prepararon la celebración del milenario del acceso de Polonia a la

fe. En verano de 1967, Pablo VI lo nombra cardenal. Su postura, como arzobispo de Cracovia, la segunda sede polaca en importancia, no era nada fácil. El cardenal Wyszynski, primado de Polonia, había sido privado de libertad desde 1952 hasta 1965, y su postura ante el gobierno era más bien dura. Woytila supo manejarse mejor, sin por ello pasar por encima del primado.

Es muy conocida la relación que tuvo, como obispo auxiliar y más tarde arzobispo, con la intelectualidad católica de Polonia y sus medios de comunicación social. Valoraba el trabajo científico y se sentía a gusto organizando encuentros de sus profesores de teología con los profesores de otras disciplinas e interviniendo activamente en los diálogos.

También, promovido a la silla de san Pedro, Juan Pablo II es un papa viajero. Poco después de su elección viajó a México, para inaugurar en Puebla la III asamblea general del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano). La segunda asamblea se había celebrado en Medellín (1968) y había marcado una huella profunda en la mentalidad cristiana de Iberoamérica. La posición del papa era bastante delicada, pues los ánimos no estaban precisamente tranquilos. El papa fue muy bien recibido en México, realizó una serie notable de discursos y visitas, y habló con la franqueza que le caracteriza y en la línea de una modernización más bien moderada.

El mismo año realizó un clamoroso viaje a Polonia, donde fue recibido por las autoridades comunistas. En pocos días se movió por toda Polonia, asistiendo a numerosos actos multitudinarios y hablando nuevamente con la claridad, que es característica suya sobre los regímenes autoritarios, el materialismo amenazante, la necesidad de la religión.

El papa visitó también la católica Irlanda, territorio que desde hace varios años vive una situación conflictiva gravísima, abogando por la paz. De Irlanda pasó a los EE. UU. donde los temas que trató hacían referencia especialmente a la familia y la vida sexual, reafirmando plenamente la doctrina contenida en la *Humanae vitae* de Pablo VI. Su palabra y su presencia despertaron enorme entusiasmo.

También visitó Turquía y, en mayo de 1980, ha realizado un largo viaje por varios países de África, en el cual ha hablado de la necesidad de que la cultura africana se mantenga fiel a sí misma y al propio tiempo acoja los valores evangélicos.

En junio del mismo año, Juan Pablo II estuvo en Francia, donde la afluencia masiva de católicos a las concentraciones no fue tan considerable. El papa emprendió una peregrinación al Brasil (del 30 de junio al 11 de julio). Su defensa de los pobres y marginados fue más contundente. Y la manifestación de su acuerdo con el episcopado brasileño —uno de los más avanzados del mundo— despertó nuevas esperanzas en amplios sectores de la Iglesia. El año se cerró con el viaje del pontífice en noviembre de 1980 a

la República Federal de Alemania, donde su presencia movilizó grandes masas de fieles (Colonia, Maguncia) y permitió al papa Wojtyła reafirmar su sincera voluntad de acercamiento a los hermanos separados, aunque sin disimular las dificultades que plantea el diálogo con tales iglesias en el plano dogmático.

Juan Pablo II tardó relativamente poco en hacer pública su primera encíclica, *Redemptor Hominis* (4 de marzo de 1979), redactada de su puño y letra en polaco (lo que obligó a los servicios técnicos del Vaticano a transcribirla al latín). Su mensaje muestra una gran preocupación por el hombre, llamado a realizarse plenamente desde el momento en que conozca a Cristo y, con ello, edifique el humanismo auténtico llamado a redimirle.

## CORRIENTES DENTRO DE LA IGLESIA

La vida interna de la Iglesia considerada en conjunto, presenta también un ininterrumpido progreso en todos los campos durante el siglo XX. Muchas de las semillas sembradas y cuidadas con minuciosa atención en el siglo XIX no llegaron a su pleno desarrollo hasta el siguiente: mayor frecuencia en la recepción de los sacramentos, aumento de las vocaciones sacerdotales, educación religiosa a través de la escuela, la predicación y la palabra escrita, obras de beneficencia, celo misional.

Sin embargo, las inauditas perturbaciones provocadas por las dos guerras mundiales dejaron sus huellas en la vida interna de la Iglesia. Durante la primera guerra mundial, y aún más después de terminada, se pusieron de moda los «exámenes de conciencia». Muchos católicos opinaban que la Iglesia era culpable de muchas cosas, que había fracasado. Se hablaba mucho de vida interior, de la necesidad de volver a hallar el camino conducente al espíritu del cristianismo primitivo; un gran número de fieles habían perdido la confianza en la cura de almas sacramental y jerárquica y se inició una febril búsqueda de nuevos métodos pastorales, mejor adaptados a los tiempos modernos. Los sacerdotes, se decía, tenían que acercarse más al «pueblo», debían ir al encuentro de los «obreros», quizá convertirse en obreros ellos mismos. Se imponía proceder a una revisión de los principios de la moral cristiana, sobre todo los referentes al derecho de propiedad. Estas inquietudes se acentuaron, si cabe, con la segunda guerra mundial y durante el azaroso período posterior en que el mundo, dividido en dos grandes bloques, ha parecido estar al borde de su ruina con el aumento creciente de tensión entre las potencias dotadas de armas nucleares.

La convocatoria del concilio Vaticano II no sólo puede considerarse como una concreción de tales inquietudes sino que es lícito ya desde ahora señalarla como el comienzo de una nueva etapa en la historia de la Iglesia.

### *El concilio Vaticano II (1962-1965).*

Entre las medidas adoptadas por Juan XXIII para preparar el concilio Vaticano II, tiene especial importancia la organización del Secretariado para la unidad de los cristianos. Como prefecto nombró el papa al jesuita alemán Augustinus Bea, elevado al cardenalato en 1959. Mientras los demás organismos preparatorios (en conjunto once comisiones y dos secretariados, además de la comisión central), en su trabajo y en la elección de colaboradores, seguían una dirección acentuadamente tradicionalista, con el resultado de que muchos de sus proyectos (esquemas) fueron rechazados o considerablemente modificados por el propio Concilio, el secretariado del cardenal Bea obtuvo en seguida un gran prestigio que rebasó con mucho las fronteras de la Iglesia. A su influencia hay que atribuir que representantes de las Iglesias cristianas no católicas pudieran asistir al Concilio en calidad de «observadores». La presencia de estos observadores a las sesiones de trabajo (congregaciones generales) y la información cada vez más amplia y detallada dada al público sobre el curso de las deliberaciones, confirieron a este Concilio una fisonomía particular: La opinión mundial se interesó por los trabajos en curso como nunca lo había hecho antes.

Más de 2000 obispos acudieron al Concilio, que duró desde 1962 hasta 1965 y en sus cuatro sesiones —en el otoño de cada año— celebró 168 congregaciones generales y 9 «sesiones públicas». Ya desde el comienzo (fue solemnemente inaugurado el 11 de octubre de 1962 y dos días después hubo la primera congregación general) los padres dieron a entender que no estaban dispuestos a aceptar sin más todo lo que se les propusiera. Cuando se estaban ya repartiendo listas de nombres fijadas de antemano para preparar la elección de los miembros de las distintas comisiones, ¿elección que había de pesar decisivamente sobre el curso entero del Concilio, los cardenales Liénart (Lille) y Frings (Colonia) propusieron que se aplazaran las elecciones con objeto de dar a los padres conciliares la posibilidad de informarse y de votar de acuerdo con su propio juicio. La aceptación de esta propuesta fue una garantía de que la composición de las comisiones conciliares sería la más adecuada a los datos objetivos que fuera posible.

La totalidad de las cuestiones tratadas en el concilio se pueden dividir sistemáticamente en tres grupos (según K. Rahner - H. Vorgrimmler): 1.º idea fundamental que la Iglesia tiene de sí misma; 2.º la vida interna de la Iglesia; 3.º la misión de la Iglesia hacia fuera.

Un efecto inmediato sobre la vida interna de la Iglesia tuvo sobre todo la constitución sobre liturgia, aprobada en 1963. Con ella las iniciativas que había tomado el movimiento litúrgico en los años siguientes



a la primera guerra mundial, pasaron a ser posesión común de la Iglesia y fueron desarrolladas orgánicamente. Lo que ante todo llamó la atención del público fueron las concesiones externas: un uso más extenso de las lenguas vernáculas y mayores atribuciones a las conferencias episcopales nacionales para introducir formas litúrgicas diferenciadas. Esto significaba desandar gran parte del camino recorrido en el siglo XIX, pues en éste las formas litúrgicas locales habían sido en lo posible arrinconadas en favor de la adopción uniforme de la liturgia romana.

Ante la opinión mundial, los documentos más importantes fueron los dos promulgados en la última sesión sobre la libertad religiosa y sobre las religiones no cristianas, especialmente a causa del capítulo dedicado al judaísmo. Ambos decretos tuvieron que superar graves prejuicios históricos. En el primer caso se trataba de fundamentar la plena libertad de conciencia y de religión — y no limitarse a aceptar la tolerancia frente a los adeptos de otras religiones en atención al bien común o en evitación de mayores males—, pero sin caer, por ello, en el peligro de indiferentismo. Al sentar la libertad de religión en la dignidad de la persona humana — el decreto empieza justamente con estas palabras, *Dignitatis humanae*—, deben considerarse superadas las declaraciones aparentemente contrarias hechas con anterioridad por el magisterio, especialmente en el siglo XIX (y sobre todo el *Syllabus* de Pío IX, de 1864). Aquí se encuentra también una confesión que es de suma importancia para la comprensión general de la historia eclesiástica: «Aunque en la vida del pueblo de Dios, peregrino a través de los avatares de la historia humana, se ha dado a veces un comportamiento menos conforme con el espíritu evangélico, e incluso contrario a él, no obstante siempre se mantuvo la doctrina de la Iglesia, de que nadie sea forzado a abrazar la fe» (n.º 12). El capítulo referente al judaísmo sienta que no puede cargarse al conjunto del pueblo judío una responsabilidad global y, por tanto, una culpa colectiva en la muerte de Cristo, y se esfuerza por extirpar hasta las más tenues manifestaciones de antisemitismo entre los cristianos. No cabe duda que en ello intervino como motivo efectivo el recuerdo del pasado inmediato con la totalitaria persecución de los judíos desencadenada por el nacionalsocialismo; pero debe afirmarse que la proximidad temporal no significa relación causal alguna, y que el odio moderno a los judíos provocado por la divinización de la raza era absolutamente anticristiano y no puede explicarse acudiendo a ninguna forma de un antisemitismo «cristiano» que en el pasado hubiera podido darse entre el pueblo.

Desde el punto de vista teológico revisten la mayor importancia las dos constituciones dogmáticas sobre la Iglesia y sobre la revelación. Aunque tampoco en ellas hay que buscar una definición expresa (pues el Concilio renunció por principio a dictar definiciones y anatematismos),

representan, sin embargo, un hito en el desarrollo doctrinal y fueron el fruto de largas discusiones.

A diferencia del concepto de Iglesia que se había ido desarrollando desde la edad media y se había consolidado en los tiempos de la contrarreforma, en el que se acentuaba la nota jurídica y se prestaba especial atención a lo institucional y jerárquico, la constitución sobre la Iglesia expresa una concepción más profunda de la naturaleza de ésta al definirla «como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (n.º 1). Al propio tiempo se completa la doctrina del concilio Vaticano I, que sólo pudo ocuparse del poder papal, definiendo con toda claridad la situación de los obispos dentro de la Iglesia; como sucesor del colegio apostólico, el colegio episcopal, del que el papa es cabeza y miembro constituyente, tiene juntamente con el papa el poder sumo y pleno sobre la Iglesia entera (cf. n.º 22).

La constitución sobre la revelación divina «surgió a la zaga de un texto sobre el cual se dividieron los espíritus y en el cual el Concilio cobró conciencia de sí mismo» (K. Rahner). De hecho, el esquema preparado de antemano «Sobre las fuentes de la revelación» había sido rechazado por la mayoría de los padres en la primera sesión conciliar, tras lo cual se elaboró otro texto cuya última versión no fue puesta a votación hasta el final del sínodo. La revelación es entendida como la autocomunicación de Dios a la humanidad; la respuesta del hombre en la fe es concebida, ante todo, como encuentro personal con Dios y como entrega del hombre entero; merece ser notado el desplazamiento de acento que esto significa: se completa y supera así el concepto que en general prevalecía sobre la revelación, de índole más intelectualista, es decir, el que entendía la revelación como la comunicación de determinadas verdades de fe. De la Biblia se declara que enseña «la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación» (n.º 11). Con esto no se excluye la posibilidad de que la Escritura contenga errores humanos que no guardan relación con «la verdad enseñada para nuestra salvación». Además se admite la existencia de diversos géneros literarios y, por tanto, de asertos que siendo «históricos», lo son de diversas maneras; todo ello de acuerdo con la encíclica que Pío XII publicó en 1943. Del decreto sobre el ecumenismo y de la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno tratamos a propósito del movimiento ecuménico, pág. 517, y de la acción en pro de la paz, página 521.

### *Reforma de la Curia.*

El Concilio había ya recomendado que se procediera a la modernización de la administración central eclesiástica, procurando obtener

una mejor cooperación con todos los obispos del mundo e internacionalizando la composición de la Curia romana; de acuerdo con estas recomendaciones, el papa Paulo VI anunció el 18 de agosto de 1967, en la constitución apostólica *Regimini ecclesiae universae*, que se procedería a una profunda reforma de la curia, que sería vigente a partir del 1.º de enero de 1968. En virtud de ella, el cardenal secretario de Estado obtiene una posición comparable a la del Primer Ministro en los gobiernos seculares. Tiene atribuciones para convocar a «consejos de gabinete» a los prefectos de las distintas congregaciones de la Curia, con objeto de coordinar mejor la administración eclesiástica. De él depende directamente la «Secretaría pontificia» (algo así como el ministerio del Interior) y el «Consejo para los asuntos públicos de la Iglesia» (comparable al ministerio de asuntos exteriores). El número de congregaciones curiales queda reducido de doce a nueve. Al mismo tiempo, todos los organismos que se ocupaban de cuestiones financieras quedan concentrados en una «Prefectura económica», una especie de ministerio de Hacienda y Tribunal de Cuentas. Se ha creado, además, en la curia una oficina estadística.

En adelante, cada congregación tendrá a su frente, como prefecto, un cardenal. El papa ha renunciado a la presidencia tradicional que desempeñaba en ciertas congregaciones. Se podrá llamar a obispos diocesanos para formar parte de cualquier congregación como miembros de derecho pleno. De este modo se conseguirá que todos los países estén representados en los órganos de gobierno de la Iglesia. Los cardenales prefectos y los restantes miembros de la curia no ocuparán sus puestos a título vitalicio, como hasta ahora, sino para un período de cinco años. Es posible la renovación del nombramiento, pero el mandato se extingue automáticamente con la muerte del papa, con objeto de dejar al sucesor las manos libres para la elección de sus colaboradores. Todo conflicto de competencia entre las congregaciones y toda cuestión de jurisdicción en el ámbito del ordenamiento eclesiástico serán en lo sucesivo decididos por el Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica, al que se ha agregado un tribunal administrativo.

Las distintas congregaciones llamarán a representantes laicos en calidad de asesores en las cuestiones que les competan.

Los secretariados para la unidad de los cristianos, para los no cristianos y para los no creyentes, así como el consejo de laicos y la comisión de estudios «Justicia y paz», quedan incorporados oficialmente a la curia.

Al colegio cardenalicio, que por la creación de 27 nuevos cardenales en junio de 1967 pasó, por primera vez, de los cien miembros, le corresponde, como en el pasado, el derecho de elegir al papa.

A propósito de la reforma de la Curia, Paulo VI declaró: «Pareció haber llegado el momento de proceder a una razonable reforma de la curia,

que hiciera de ella un instrumento hábil y eficaz en manos del que está investido del supremo ministerio doctrinal y pastoral.»

Para hacer posible la intervención de todos los obispos en el gobierno de la Iglesia entera, el concilio había sugerido la creación de un sínodo episcopal en el que entraran representantes de todas las conferencias episcopales del mundo. El papa Paulo VI convocó por primera vez este sínodo en septiembre y octubre de 1967. En él se trató de la creación de una Comisión teológica internacional; de la revisión del *Código de derecho canónico*, poniendo el acento en los aspectos pastorales; de la relación de las conferencias episcopales con los seminarios de sus respectivas zonas; de la aprobación de textos litúrgicos y de otras cuestiones menores.

La segunda reunión (1969) tuvo carácter de extraordinaria y el papa propuso como tema el estudio de las relaciones entre la Santa Sede y las conferencias episcopales. En ella se insistió en la idea de comunión como concepto fundamental de la colegialidad.

La tercera reunión (1971) centró su temario en el sacerdocio ministerial y en la justicia en el mundo. La cuarta sesión (1974) trató el tema de la evangelización en el mundo contemporáneo, incluyendo las tareas de preevangelización y la animación cristiana de las realidades terrestres. De los debates surgió la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975).

La quinta reunión (1977) se ocupó de la catequesis en nuestro tiempo, con especial referencia a los niños y a los jóvenes. Fruto de este sínodo fue la exhortación apostólica *Catechesi tradendae* (1979).

La sexta reunión, clausurada en noviembre de 1980, abordó en toda su amplitud y dificultad el tema de la familia cristiana. Las conclusiones definitivas están llamadas a despertar agitados debates en amplios sectores. La séptima reunión (1983) profundizó en la temática de la reconciliación y la penitencia.

Por lo demás, la reforma administrativa de la Iglesia no quiere agotarse a este nivel de la gran estructura eclesial, sino que pretende llegar a las diócesis y a las parroquias. De ahí la creación y la proliferación de consejos presbiteriales y pastorales llamados a poner de relieve el carácter fraternal y corresponsable de la administración comunitaria de la Iglesia.

#### *Actos y manifestaciones de masas.*

En la Iglesia la labor pastoral se realiza de persona a persona; ni la jerarquía ni los fieles congregados en las distintas comunidades constituyen nunca una masa. Sin embargo, las celebraciones multitudinarias tienen también su importancia en la vida eclesiástica, importancia que ha aumentado todavía en el siglo XX, en conformidad con el constante incremento en el número de fieles.

En este concepto entran en consideración, en primer lugar las *peregrinaciones* a determinados lugares santos, práctica que remonta a los tiempos medievales, pero que en estos dos últimos siglos, gracias sobre todo a la mayor facilidad de comunicación, han tomado unas proporciones jamás vistas. Muchos antiguos centros de peregrinación vieron en el siglo pasado multiplicarse el número de visitantes: por ejemplo, Altötting, Kevelaer (Alemania), Marizell (Austria), Czestochova (Polonia), Montserrat, Loyola (España), Guadalupe (Méjico); otros no han surgido hasta el siglo XIX: Pompeya (desde 1875), Ars (ya en vida de san Juan B. Vianney, † 1859), Parayle-Monial, y superándolos todos Lourdes (desde 1858); a éstos hay que añadir, en el siglo XX Lisieux (desde la canonización de santa Teresa del Niño Jesús) y Fátima (Portugal) desde 1917.

Atraen un gran número de devotos las peregrinaciones organizadas en fechas que se repiten periódicamente, en especial los jubileos o años santos romanos. En el último año santo de 1950 acudieron a Roma cerca de tres millones de personas.

Actualmente los actos de masas de mayores proporciones son los *congresos eucarísticos* internacionales. La iniciativa para su celebración partió de una francesa, María Tamisier (nac. en Tours 1834, † 1910). El primer congreso se celebró en Lille en 1881. Luego se celebraron anualmente, pero tardó mucho tiempo antes de que tales actos salieran fuera del ámbito francés. El auge de estas manifestaciones empezó con los congresos de Londres en 1908 y Colonia en 1909; a partir de este momento alcanzaron proporciones gigantescas. El de Montreal en 1910 fue el primero celebrado en suelo americano; siguióle el de Madrid en 1911, y al año siguiente el de Viena, que presentó la culminación de los celebrados antes de la guerra. Después de la interrupción causada por ésta, el primero tuvo efecto en Amsterdam en 1924: el de Chicago, en 1926, alcanzó unas proporciones típicamente americanas; vinieron después los de Sydney en Australia en 1928, Cartago en 1930, Dublín en 1932, Buenos Aires en 1934, Manila en 1936, Budapest en 1938. Después de la segunda guerra mundial, el primero fue el de Barcelona, en 1952, que obtuvo también un gran esplendor. Del congreso eucarístico internacional, celebrado en Río de Janeiro en 1954, salieron fuertes impulsos para coordinar y renovar el trabajo pastoral en el continente sudamericano. En 1960 se celebró el congreso eucarístico internacional de Munich, que puso de manifiesto los frutos de largos años de trabajos litúrgicos. El congreso eucarístico celebrado en Bombay en 1964 se distinguió por la presencia en él del papa Pablo VI, presencia que se repitió en Bogotá en 1968. Los últimos congresos eucarísticos internacionales han tenido lugar en Melbourne (1973). Filadelfia (1976) y Lourdes (1981).

Una clase especial de actos de masas son los congresos católicos anuales *Katholikentage*, que desde largo tiempo vienen celebrándose en Alemania. La iniciativa partió de la asociación «Pius-Verein» fundada en 1848 por el deán de la catedral de Maguncia, Adam Franz Lenning, que ya en octubre de aquel año revolucionario organizó una asamblea general de todas las asociaciones católicas de Alemania. Luego estas asambleas que en primera línea servían de tribuna a la intelectualidad católica, recorrieron todos los distritos alemanes y causaron una especial impresión durante el *Kulturkampf*. Su rigurosa fidelidad a la Iglesia venía ya garantizada por la persona del que durante largos años fue presidente del comité central permanente, príncipe Carlos de Löwenstein († 1921).

Los congresos católicos alemanes fueron luego imitados con éxito en otros países, como Austria y Norteamérica.

No hay que caer en la tentación de subestimar el valor pastoral de estas gigantescas manifestaciones. No sólo dan ocasión para un intercambio de ideas, que es a veces muy valioso, sino que en ellas se reza mucho y son un motivo para recibir los sacramentos. La Iglesia católica es algo más que un lugar de oración callada, y los congresos y peregrinaciones sirven para recordar esta verdad a los católicos que preferirían atenerse al consejo evangélico: «Si quieres orar, vete a tu cuarto y enciértrate en él.» Tales actos desvanecen los respetos humanos, fortifican el ánimo para confesar la fe, fomentan el sentimiento de comunidad y obligan, además, a las autoridades civiles, no siempre bien intencionadas, a observar una actitud correcta ante la práctica pública de los cultos religiosos.

### *El movimiento litúrgico.*

Han significado también un real enriquecimiento de la vida religiosa los esfuerzos por hacer más accesibles a los seglares los textos y las ceremonias litúrgicas, facilitándoles así una participación más activa y gozosa en el culto divino. Este movimiento se remonta al siglo XIX.

En dichos esfuerzos pueden señalarse dos direcciones. Hubo en primer lugar la preocupación pastoral de acercarse más al pueblo, preocupación que partía de ideas desarrolladas en la época de la Ilustración, y apuntaba hacia formas litúrgicas cuanto más inteligibles mejor, con un uso lo más amplio posible de la lengua vernácula, todo ello con objeto de facilitar una participación más activa del pueblo en el culto divino. El campeón más famoso de estos esfuerzos fue Ignaz von Wessenberg († 1860), vicario general de Constanza. En sentido opuesto a esta tendencia, hacia mediados del siglo XIX y encabezado sobre todo por el benedictino francés Prosper Guéranger, abad de Solesmes († 1875), surgió un movimiento que insistía sobre la uniformidad y unidad de la liturgia y, por tanto, sólo admitía el uso del latín. En Alemania, el benedictino de Beuron,

Anselmo Schott († 1896), intentó conciliar las dos actitudes con la publicación de su misal bilingüe, que obtuvo un sorprendente éxito y fue objeto de muchas imitaciones. Entre tanto, los estudios científicos, históricos especialmente, sobre liturgia, iban ampliándose y enriqueciéndose. En Alemania, sobre todo, se estableció un fructífero enlace entre la historia de la liturgia, estrictamente científica, y los esfuerzos en pro de una liturgia popular, dirigida hacia fines pastorales.

Los benedictinos de Maredsous (Bélgica) y María Laach (Alemania) contribuyeron de modo decisivo a la expansión del movimiento litúrgico en los principales países católicos, después del *motu proprio* de san Pío X sobre la música sagrada (1903). La creación de un centro de Pastoral Litúrgica en París (1944) por iniciativa de los dominicos y de un Instituto de Liturgia en Tréveris (1947), órgano de la Comisión litúrgica que, desde 1940, asesoraba a la conferencia anual de los obispos alemanes en Fulda, permitieron coordinar esfuerzos y organizar asambleas internacionales de estudio en Maria Laach (1951), Odilienberg (1952), Lugano (1953), Lovaina (1954), Asís (1956), Montserrat (1958) y Munich (1960).

Sin negar que hubo algunas exageraciones, hay que reconocer que el auténtico movimiento litúrgico avanzó sin desmayo hacia el fin que se había propuesto, superando no pocas resistencias incluso por parte de la jerarquía, y lo alcanzó en gran parte gracias a la constitución litúrgica del concilio Vaticano II y a las nuevas normas romanas sobre el nuevo rito de la misa (1969), el nuevo calendario litúrgico (1969) y el posterior ritual del sacramento de la penitencia (1975), llamado a acentuar su aspecto comunitario y eclesial, aun manteniendo la forma histórica y tradicional de la confesión.

### *Movimientos ecuménicos.*

Otra tendencia que después de la primera guerra mundial alcanzó las proporciones de una especie de movimiento, es la que propugna la paz o la reconciliación con las iglesias separadas. Las Iglesias orientales cismáticas fueron objeto de una comprensión y una simpatía crecientes, a lo cual contribuyó también mucho el movimiento litúrgico. No sólo se estudiaba la teología oriental, que desde 1931 fue introducida en los seminarios como disciplina obligatoria, sino que no pocos sacerdotes y clérigos adoptaron voluntariamente el rito bizantino para poder trabajar más eficazmente en pro de la unión.

Particularmente vivo se hizo en muchos el deseo de entrar en más íntimo contacto con los protestantes de todas las denominaciones. Cuanto más se agravaban los síntomas de una progresiva descristianización de la vida pública, más deseable parecía a los ojos de algunos la unión de todos los que, en uno u otro sentido, se sentían todavía cristianos.

En el campo protestante, se celebraron gran número de conferencias y congresos para conseguir al menos una más estrecha colaboración de los protestantes entre sí, y a ser posible entre éstos y la Iglesia oriental. La organización *Life and Work*, cuya alma era el arzobispo sueco Nathan Söderblom († 1931), celebró conferencias en Estocolmo (1925) y Oxford (1927). El propósito de *Life and Work* era, ante todo, coordinar los esfuerzos dirigidos a un fin común, sin distinción de confesiones en lo social, económico y político. La organización *Faith and Order* ambiciona la concordia teológica de las distintas confesiones sobre la base de la sagrada Escritura. Celebró asambleas en Lausana (1927) y en Oxford y Edimburgo (1937). Fruto del clima de cooperación creado, ambas organizaciones constituyeron en 1938 un Comité provisional, con sede en Utrecht, que unos años más tarde (1946) creaba el Consejo ecuménico de las Iglesias (*World Council of Churches*), cuyo primer congreso se celebró en Amsterdam (1948) y ha sido seguido por un segundo congreso en Evanston (1954) y un tercer congreso en Nueva Delhi (1961). A este último, asistieron 625 delegados de 175 iglesias cristianas y 370 observadores (entre los cuales figuraban ya cinco católicos). Los dos congresos siguientes se celebraron en Upsala (1968) y Nairobi (1975). El Comité central ha celebrado asimismo varias reuniones importantes (Toronto 1950, New Haven 1957, Ginebra 1958, St. Andrews 1960...). Por su parte, *Faith and Order* ha proseguido con cierta autonomía sus trabajos en el orden teológico y doctrinal, que se reflejaron públicamente en una segunda asamblea celebrada en Lund (1952) y una tercera asamblea en Montreal (1963). A esta última asistieron asimismo cinco observadores católicos con carácter oficial además de otros muchos teólogos y publicistas católicos que acudieron privadamente. Desde 1968 (Upsala), nueve teólogos católicos son miembros de pleno derecho de *Faith and Order*.

La Iglesia había adoptado al comienzo una actitud de franco repudio frente al movimiento ecuménico. En la encíclica *Mortalium animos* (1928), Pío XI señalaba que las palabras de Cristo «un solo rebaño y un solo pastor» no aludían al futuro. La unidad ecuménica de los cristianos está ya realizada en la Iglesia católica. Todo el que quiera entrar en ella será bien venido. No existe, pues, una unidad superior, una cristiandad general a la que pueda adherirse la Iglesia.

En su encíclica *Humani generis* (1950), Pío XII reiteraba la prohibición de la *communitio in sacris* y ponía en guardia frente a un falso irenismo que podía desfigurar las verdades dogmáticas o caer en frívolas concesiones ante las exigencias y puntos de los protestantes. Sin embargo, la Iglesia no llegó nunca a condenar los conatos de acercamiento en el plano oficioso. Así, nada objetó a las conversaciones que el cardenal Mercier, arzobispo de Malinas, celebró con el anglicano lord Halifax en



1921. Tampoco se opuso a los coloquios de los eslavos católicos con los ortodoxos que a partir del año 1907 hasta 1936 se fueron celebrando en Velehrad (Moravia). A una cortés consulta del Comité provisional antes mencionado, la Santa Sede, por boca de su delegado apostólico en Inglaterra, contestó en 1939 que no había inconveniente en que se establecieran contactos, a título privado, con los delegados o los obispos. En 1948, una *Instructio* puntualizaba que era indispensable una autorización previa. De hecho, en los congresos y asambleas citados asistieron teólogos católicos en calidad de observadores.

Cuando Juan XXIII creó el Secretariado para la unidad de los cristianos, no tardó este organismo en enviar regularmente observadores a las reuniones del Consejo ecuménico y de la Unión de Iglesias evangélicas.

El movimiento ecuménico ha alcanzado dentro de la Iglesia un insospechado desarrollo, sobre todo gracias al Concilio. Ya en la convocatoria de éste Juan XXIII había mencionado el ecumenismo como uno de sus posibles temas, y los padres correspondieron a esa sugerencia con el decreto sobre ecumenismo, *Unitatis redintegratio*. Entre los principios en él sentados sobre el movimiento ecuménico, al que ahora la Iglesia se adhería por así decir oficialmente, es sobre todo importante el reconocimiento de la acción del Espíritu Santo en las comunidades cristianas no católicas, y el hecho de que la Iglesia considera a los miembros de éstas como hermanos, y ya no «herejes», puesto que en virtud de la común fe en Cristo y del bautismo rectamente recibido están en comunión con la Iglesia, aunque tal comunión no sea perfecta; de estas comunidades se dice que «no están desprovistas de sentido y de valor en el misterio de la salvación» (n.º 3) y que en ellas se encuentran «tesoros verdaderamente cristianos procedentes del patrimonio común». Se estimula a los católicos a reconocer estos bienes y «las virtudes en la vida de quienes dan testimonio de Cristo, y, a veces hasta el derramamiento de su sangre» (n.º 4). El paso decisivo hay que verlo en el hecho de que así la Iglesia católica, y no sólo católicos aislados como hasta entonces, se ha incorporado al movimiento ecuménico. Aunque «este santo propósito de reconciliar a todos los cristianos en la unidad de la única Iglesia de Jesucristo excede las fuerzas y la capacidad humanas» (n.º 24), sin embargo, el decreto conciliar con su insólito lenguaje y con su apertura constituye un esperanzador hito en un camino cuyo anhelado término no está aún a la vista.

Otros pasos en esta misma dirección son las entrevistas de Pablo VI con el patriarca ecuménico Atenágoras en Jerusalén (1964), Estambul (1967) y Roma (también 1967). En 1966, Pablo VI recibió al arzobispo de Canterbury y primado de la Iglesia anglicana, doctor Ramsey, el cual se mostró dispuesto a mediar entre la Iglesia católica y otras confesiones. En 1977 Pablo VI recibió al nuevo primado anglicano, doctor Coggan.

Especial relieve mereció en su día el levantamiento mutuo de la excomunión que separaba Roma de Constantinopla, y que se realizó simultáneamente en ambas sedes al término del concilio Vaticano II (7 de diciembre 1965).

Por lo demás, ha habido reuniones bilaterales en Les Combes, entre teólogos católicos y luteranos, centradas en los temas eucaristía y ministerio; así como entre católicos y metodistas sobre temas de espiritualidad y piedad, y entre católicos y anglicanos en Windsor, también sobre la eucaristía y el ministerio, con mayores posibilidades de entendimiento. Una delegación del Secretariado para la unidad de los cristianos, presidida por el cardenal Willebrands, visitó el patriarcado ecuménico de Estambul (1977). También hubo conversaciones católico-ortodoxas en Rodas, por las mismas fechas.

Juan Pablo II en su viaje a Turquía se entrevistó con Dimitrios I, y aprovechando su viaje a África, celebró un encuentro con el primado de la Iglesia anglicana, quien visitaba también sus comunidades africanas.

No se puede olvidar tampoco el impulso ecuménico promovido por la comunidad religiosa de Taizé, de origen calvinista, y que ha logrado reunir en muchas ocasiones a innumerables jóvenes de todo el mundo interesados no sólo por cuestiones de fe, sino por los grandes problemas de nuestra humanidad.

### *Esfuerzos en favor de la paz.*

En la forma que adoptó en el siglo XIX, el nacionalismo alcanzó en muchos países, especialmente después de la primera guerra mundial, un grado jamás conocido de efervescencia. La nación es, originariamente, una comunidad de cultura, y en particular una comunidad de lengua y costumbres. El nacionalismo sólo se da cuando de esta comunidad de cultura se derivan derechos y reivindicaciones de carácter político, sea que un grupo nacional sometido aspire a su independencia, sea que los grupos políticamente dominantes pretendan la desnacionalización de minorías sometidas. Donde menos peligroso es el nacionalismo, es en aquellos países en que Estado y comunidad nacional coinciden exactamente; en tales casos suele manifestarse principalmente en forma de vanidad nacional y manía de grandezas, con la particularidad de que tales sentimientos de superioridad suelen ser tanto más exacerbados cuanto menor y más débil es el Estado en cuestión.

Aunque el nacionalismo, sobre todo el de índole sentimental, levanta barreras que separan a los hombres unos de otros, no ha podido destruir, y ni siquiera poner seriamente en peligro la unidad de la Iglesia universal. Sin embargo, la unidad de la Iglesia no ha de entenderse sólo como la unión de sus miembros con su cabeza, sino también, y en la misma medida, como la

unión de los miembros entre sí; esto hizo que para incontables católicos la guerra entre pueblos cristianos fuera sentida como una vergüenza y un escándalo. De ahí que, inmediatamente después de la segunda guerra mundial, los católicos de todos los países beligerantes empezaron una labor de estrechar lazos y de trabajar en común por la paz. Fueron especialmente intensos los contactos entre los católicos franceses y alemanes. En 1965 los obispos alemanes y polacos intercambiaron mensajes de reconciliación.

Mientras en los países del Asia y del África que habían sacudido el yugo colonial el nacionalismo seguía su marcha ascendente, las grandes naciones industriales comprendieron después de 1945 — sobre todo ante la amenaza de una guerra atómica — que había que encontrar una vía que hiciera posible la pacífica colaboración de todos los pueblos del mundo. Sin embargo, la contraposición ideológica entre los estados comunistas y no comunistas frenó este movimiento.

Pío XII apoyó vivamente todos los esfuerzos en pro de la unificación de Europa. Juan XXIII, en su encíclica *Mater et Magistra* (1961), publicada para conmemorar el 70º aniversario de la primera encíclica social *Rerum novarum*, afrontó el problema de la tensión social existente entre pueblos ricos y pueblos pobres. Después que el Concilio se había ocupado también de este problema, Paulo VI en 1967 declaró, en su encíclica *Populorum progressio*, que el desarrollo de las naciones hasta ahora desfavorecidas y atrasadas era la cuestión central de toda política que aspirara a la paz. La encíclica, cuyo estilo representa el primer esfuerzo realizado por un papa para hablar el lenguaje de la publicística moderna, no proclamaba doctrinas nuevas, pero hacía un dramático llamamiento a los poseedores y les recordaba las obligaciones sociales inherentes a su propiedad. Decía que sólo un humanismo vinculado a Dios puede dar al hombre esperanzas de paz y libertad.

Ya Juan XXIII, poco antes de su muerte, se había dirigido a «todos los hombres de buena voluntad», exponiendo en su encíclica *Pacem in terris*, los principios sobre que la paz puede asentarse. Como prerequisite fundamental de la paz había señalado — no sin aludir a la carta de las Naciones Unidas — el reconocimiento general de los derechos humanos. Un eco particularmente intenso despertó su exhortación a que se estableciera un «diálogo» aun entre hombres de las más opuestas ideologías. Luego Paulo VI, en su primera encíclica *Ecclesiam suam*, expuso con mayor detalle el valor del diálogo como camino hacia la paz.

Como consecuencias de estos esfuerzos de los papas en favor de la paz deben considerarse el discurso de Paulo VI ante la asamblea general de las Naciones Unidas en Nueva York, octubre de 1965, y los deseos del Vaticano de establecer contactos con la Unión Soviética. Paulo VI recibió en 1966 al jefe del Estado soviético, Podgorny. Con ello el papa buscaba, no sólo aliviar la situación de los católicos dentro de la Unión Soviética

sino, ante todo, hallar apoyos a sus iniciativas en favor de la paz, sobre todo en el conflicto del Vietnam.

Desde sus comienzos el concilio Vaticano II sintióse comprometido en la obra de fomentar la paz mundial. En la constitución pastoral terminada justamente al finalizar el concilio sobre la Iglesia en el mundo moderno — *Gaudium et spes* — se encuentra una solemne condenación de la guerra total: «Toda acción bélica que tienda indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras o de extensas regiones junto con sus habitantes, es un crimen contra Dios y la humanidad, que debe ser condenado con firmeza y sin vacilaciones» (n.º 80). Pero la trágica situación del mundo moderno se hizo visible en la circunstancia de que el sínodo no pudiera cerrar los ojos al hecho de que, provisionalmente al menos, sólo el equilibrio del terror podía conservar la paz. Por consiguiente, no pudo condenar la posesión de bombas atómicas. El Concilio elogió a aquellos que miran de hacer valer sus derechos sin acudir a la violencia, y expresó el deseo de que los Estados dictaran medidas en favor de los que se niegan a prestar servicio de guerra por razones de conciencia. Pero al mismo tiempo el Concilio ha reconocido la legitimidad del derecho de defensa, sobre todo contra los modernos métodos de terror. De todos modos, el soldado que está al servicio de la patria debe considerarse «servidor de la seguridad y libertad de los pueblos», y por tanto no sólo de su país. Tampoco la obediencia ciega excusa nunca acciones inhumanas contrarias al derecho de gentes.

La constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno intenta, lo mismo que otros documentos conciliares, encontrar una base de valores comunes que todos los hombres puedan reconocer. A este objeto expone la índole y peculiaridad de la dignidad humana, y deriva de ella los razonables derechos y deberes para todos los hombres en el ámbito de la vida política, económica, social y cultural.

### *Males y peligros.*

Nadie puede negar que en la mayoría de países el prestigio de la Iglesia ha aumentado mucho desde principios del siglo XX. Apenas se habla ahora de la inferioridad de los católicos, tan decantada en el siglo XIX. Pero esto no significa que sea menor el número de los enemigos de la Iglesia, antes al contrario. Puede también afirmarse que la labor pastoral se ha hecho más intensa que antes en toda la línea. Mas no por eso han cesado las pérdidas y las apostasías. Justamente el siglo XX ha presenciado en algunos países movimientos de separación de la Iglesia, como en Checoslovaquia después de 1918 y en Alemania después de 1933. Verdad es que tales agitaciones nunca obtuvieron el resultado esperado o temido, pero no dejan por ello de provocar pérdidas dolorosas. En algunos países

son muy numerosas las conversiones, como en Norteamérica (de cincuenta mil a setenta mil anuales) y en Inglaterra (unas diez mil por año), pero frente a ellas están las grandes pérdidas que todos los años se sufren por efecto de los matrimonios mixtos. No nos engañemos: el incremento general de la humanidad procede a un ritmo más rápido que el crecimiento numérico de la Iglesia. No es ésta una razón para entregarse a consideraciones pesimistas, pero sí constituye una advertencia a la Iglesia, para que no se duerma sobre sus laureles.

Uno de los síntomas más inquietantes es quizá la disminución de vocaciones religiosas, sobre todo femeninas, que después de la segunda guerra mundial se advierte en algunos países. Esta mengua se hace notar sobre todo en Alemania, Austria, Bélgica y Francia, o sea, en algunas de las naciones más duramente afectadas por la guerra. La causa del fenómeno no puede ser la guerra, sin embargo. La historia demuestra, por el contrario, que después de las guerras las vocaciones más bien tienden a aumentar. Las causas deben ser más hondas, deben radicar en un desplazamiento de acento efectuado por una parte por los escritores católicos y hasta por los propios pastores de almas. Los obispos franceses, en una circular al clero escrita en 1949, han prevenido contra la excesiva propaganda en favor del ideal del matrimonio cristiano si ésta ha de ir en detrimento del superior ideal de la virginidad, basado en el Evangelio; advirtiendo que no es pertinente apartar a las muchachas del convento porque se espere que puedan ser más útiles en la parroquia o en la Acción Católica.

## LOS PAÍSES DE MISIÓN

La extensión de la Iglesia por todo el orbe de la tierra, que hoy vemos llegar a su término, se ha producido de un modo aparentemente irregular, casi diríamos a empellones. Pero en realidad, no obedece al azar, sino a unas leyes propias, internas y externas. El marco exterior lo forma el horizonte geográfico del mundo conocido, que no ha cesado de ampliarse y que hasta el siglo XIX no ha llegado a comprender la tierra entera. El factor interno es, por así decir la fuerza de tensión que llena la Iglesia desde los días de los apóstoles y que, cada vez que un nuevo país entra en el campo visual de la humanidad, la empuja y capacita para penetrar en él.

La civilización humana nació en la cuenca oriental del Mediterráneo: Mesopotamia, Egipto, Grecia. Al venir al mundo el cristianismo, el centro de gravedad de la cultura seguía estando en este ámbito, pero se había producido ya un desplazamiento hacia occidente, y aquélla abarcaba ya el Mediterráneo entero. Cuando en el siglo VII apareció el Islam con una cultura nueva, aunque inferior, y ocupó los antiguos territorios del Oriente, al tiempo que trazaba una frontera a lo largo de todo el Mediterráneo, la

antigua cultura, ahora ya cristiana, pasó a ser exclusivamente europea y occidental.

Durante largo tiempo pudo parecer como si la Iglesia hubiera de quedar confinada a Europa. Pero su tensión interna no había disminuido. Apenas había acabado de ocupar todo el espacio europeo, cuando el impulso expansionista descargaba ya en las cruzadas. El movimiento empezó, al estilo medieval, como una guerra de religión llevada a cabo con las armas, pero las órdenes mendicantes lo transformaron pronto en una empresa de propagación de la fe por medio de la predicación; y aunque al principio la empresa se limitó a tanteos y conatos sin éxito duradero, el hecho es que los franciscanos no sólo sostuvieron sus puestos en Tierra Santa bajo dominio turco, sino que a principios del siglo XIV penetraron profundamente en el Asia central hasta China.

La idea de las cruzadas, o sea, la conquista de nuevas tierras para la cristiandad con medios militares y políticos, pervivió en la Península ibérica, donde animaba la Reconquista, y una vez terminada ésta, suministró el impulso para la «Conquista» en la era de los descubrimientos. A la zaga de los conquistadores iban los apóstoles, que bajo la protección de la potencia colonial española y portuguesa desarrollaban su obra de evangelización en las nuevas tierras sometidas. Así fue como en el siglo XVI saltó hecho añicos el cerco que recluía a la Iglesia en Europa, y la mayor parte de América fue ganada para la catolicidad.

Pero en la Edad Moderna había cambiado la relación de la Iglesia con el poder secular. En la monarquía española fue donde subsistió más largo tiempo la idea del príncipe cristiano que empeña todo su poder para el engrandecimiento del reino de Dios. En los demás países el príncipe cristiano fue substituido por el Estado, atento sólo a sus intereses privativos, por lo que la Iglesia tuvo que procurar desprenderse de él para atender a su propio ministerio pastoral.

Es característico que justamente en el siglo XVI apareciera un nuevo nombre para designar la propagación de la fe: «misión». El término procede del vocabulario de san Ignacio de Loyola, que puso a sus compañeros de orden a disposición del papa para cualquier clase de «misión» que quisiera confiarles, haciéndoles confirmar su disposición a ello por medio de un especial voto de obediencia. Ahora bien, las «misiones» que más saltaban a la vista eran las relativas a los remotos países paganos, y así fue como se estableció el hábito de entender por «misión» el envío de un sacerdote a tierra de infieles, y finalmente la propia obra de convertir a éstos. En el uso de esta palabra se encierra un profundo sentido histórico: no es ya el conquistador cristiano que invita la Iglesia a seguirle, sino que la Iglesia, el papa, envía sus mensajeros siempre que se le abren nuevas posibilidades. Sólo así se realizaron los presupuestos necesarios para que todos los pueblos católicos pudieran

intervenir en la obra de la difusión de la fe. La inconsciente fuerza de expansión que nunca había faltado en la Iglesia, se convirtió en una voluntad consciente de misión, y no sólo de las autoridades sino también de los individuos, aunque esta última fase no fue alcanzada hasta el siglo XIX. Pues aunque hacía tiempo que la Iglesia había rebasado los confines de Europa, extendiéndose sobre todo en América, quedaba aún sin hacer la mayor parte de la tarea, aun en América, y casi podría decirse que fue la voluntad de misión del siglo XIX lo que ha hecho de la Iglesia católica una auténtica Iglesia universal.

### *La India.*

En el año 1498, seis años después del primer viaje de Colón a América, Vasco de Gama, viniendo de Portugal por la vía del Cabo de Buena Esperanza, desembarcaba en Calcuta, en la costa occidental del Indostán. Más al sur ocuparon los portugueses, en 1502, Cochín, desembarcaron en Ceilán en 1505, en 1510 conquistaron Goa, hacia el norte, en 1512 se establecieron en la península de Salsette, frente al actual Bombay, y en 1536 se adueñaron de Diu, en la costa de Gujerat.

La India no es un país, sino una parte de la tierra, como Norteamérica o Sudamérica. Pero mientras América en tiempo de la conquista española, portuguesa e inglesa estaba casi despoblada, los portugueses se encontraron en la India con un mundo dotado de una rica cultura, con estados poderosos y una larga historia política. En la historia interior de la India las conquistas portuguesas sólo desempeñaban un papel muy secundario. La capital portuguesa, Goa, por brillantes que fueran durante un tiempo sus progresos, no pudo nunca pretender, ni de lejos, ser la capital de la India. La cristianización de la India es una tarea mucho más difícil que la cristianización de Europa, para la cual la Iglesia necesitó un milenio. No es, pues, de extrañar que aun hoy, a los cuatro siglos y medio de empezada, sean tan pequeños sus avances.

Ya Vasco de Gama llevó consigo dos trinitarios, uno de los cuales murió en el viaje y el otro fue más tarde asesinado. En 1500 Cabral llevó ocho franciscanos y varios sacerdotes seculares. Los primeros dominicos llegaron a la India en 1503. Pero no podía aún hablarse de una labor misional propiamente dicha, sobre todo en el interior.

De mayor trascendencia fue la llegada de san *Francisco Javier*, que en el año 1542 desembarcó en Goa tras un viaje de trece meses. Javier era de origen navarro y figuraba, junto con san Ignacio de Loyola, entre los fundadores de la Compañía de Jesús. Evangelizó personalmente al sur de Goa, en la costa de los Pescadores y en Travancor, pasó luego a Ceilán y en 1545 se trasladó más a Oriente. Su cuartel general siguió siendo Goa, aunque sólo volvió a estar allí de paso. Murió en 1552 en la isla de

Sanchón, ante la costa meridional china, aún no cumplidos los cuarenta y siete años. La figura de Javier adquirió caracteres casi míticos, primero entre los navegantes del Extremo Oriente que lo habían conocido personalmente, y luego también en Europa. Se contaban de él prodigios inauditos, se le atribuía el don de lenguas, resurrecciones de muertos y conversiones de cientos de miles de paganos. Nada de esto se encuentra en los relatos que tanto él como sus compañeros enviaban regularmente a Europa. La trascendencia de Javier no radica en sus supuestas conversiones en masa, sino en la organización de la obra misional. Como había hecho en su tiempo san Pablo, Javier se dedicó a tantear el terreno, ensayar métodos y crear pequeños centros, cuyo posterior desarrollo encomendó a los colaboradores que a su lado se habían instruido. Si después de su muerte no faltaron los misioneros dispuestos a proseguir su labor, fue gracias a sus cartas, que pronto se difundieron por Europa entera y levantaron un indescriptible entusiasmo por las misiones. Ahí estriba, en segundo lugar, la importancia de este hombre extraordinario.

Sin embargo, los resultados no correspondieron a las esperanzas. No se consiguió sentar firmemente el pie en ninguna parte, fuera de la pequeña área de influencia portuguesa. Goa, que había recibido un obispo en 1533, fue elevada a arzobispado en 1558, con Cochin como sufragánea. En 1606 se le añadió el obispado de Mylapore, junto a Madrás, en la costa oriental, donde se veneraba el sepulcro del apóstol Tomás. Los cristianos llamados de Santo Tomás, en la costa occidental, unas comunidades de rito siro-nestoriano, cuyo origen es muy oscuro aunque es seguro que se remonta a un pasado muy remoto, se unieron en parte a la Iglesia católica en 1599 y recibieron un obispado propio, el de Cranganore. Junto al mal ejemplo de los europeos, que en la India como en todos los países ultramarinos constituía un gran estorbo para la cristianización, el obstáculo que principalmente se oponía al éxito de las misiones entre los indígenas de la India, era el aspecto exótico de los misioneros. A los salvajes de América, incluso a los semicivilizados aztecas, los españoles con sus caballos y armas de fuego les habían hecho la impresión de dioses; a los cultos y auto-suficientes hindúes, los portugueses con sus misioneros les parecían una plebe descastada.

El jesuita Roberto Nobili, sobrino de san Roberto Belarmino, de acuerdo con sus superiores, se separó de todos los europeos, incluso de sus compañeros de orden, y desde 1606 apareció en Madura vestido con las ropas y adoptando el modo de vida de un sabio brahmán. Estudió el sánscrito, y fue el primer europeo que descubrió la afinidad de esta lengua con las europeas. No disimuló en absoluto su condición de sacerdote cristiano y operó conversiones entre los brahmanes, pero su labor no fue continuada.



En el siglo XVII la obra misional casi no hizo más que retroceder. Durante un tiempo los misioneros jesuitas pusieron sus esperanzas en la amistosa actitud del emperador Akbar (1556-1605) y de su hijo Shahangir. En 1637 se creó un vicariato apostólico para el norte, pero no se produjeron las esperadas conversiones en masa. Menudeaban además los conflictos entre los portugueses, que pretendían extender su patronato incluso sobre las iglesias erigidas fuera del territorio de su soberanía, y la congregación de Propaganda. El dominio portugués en el sur y en el oeste, así como en Ceilán, sufrió mermas en provecho de los holandeses, que en todas partes se manifestaban hostiles a las misiones. A mayor abundamiento, surgieron polémicas entre los propios misioneros acerca de un punto capital: ¿hasta dónde se podía llegar en la acomodación a los usos civiles de los indígenas? Para estudiar esta cuestión sobre el terreno, Roma envió a un delegado apostólico, Tournon, el cual en 1704 condenó las prácticas de acomodación de los jesuitas, que le parecían excesivas. El arzobispo de Goa protestó por lo que él consideraba violación por el delegado de los derechos portugueses de soberanía. Finalmente, Benedicto XIV condenó definitivamente las prácticas de acomodación en 1744, y los jesuitas se sometieron, pero seguidamente fueron expulsados por el gobierno portugués.

Con la extinción de la Compañía de Jesús parecía también haber llegado a su fin la obra misionera en la India. El primer intento de resucitarla en el siglo XIX chocó una vez más con las pretensiones de patronato que los portugueses seguían sustentando. En vista de que nada podía esperarse de este lado, Gregorio XVI creó por su cuenta los vicariatos de Madras y Calcuta (1834), Pondichery y Ceilán (1836) y en 1838 declaró abolido el patronato. Ello dio pie a que entre el clero portugués estallara el llamado cisma de Goa, que no fue allanado hasta 1886.

Aumentaba entretanto la afluencia de misioneros europeos a la India, la cual bajo la soberanía inglesa gozaba no sólo de paz, sino también de un importante progreso cultural. Los jesuitas y otras órdenes orearon universidades. Las misiones se extendieron también por el norte, por obra sobre todo de los capuchinos. El jesuita belga Lievens a partir de 1885 consiguió suscitar en Chota-Nagpur, al norte de Calcuta, un movimiento de masas que en pocos años aportó más de cien mil nuevas conversiones. León XIII creó en 1886 la jerarquía india, que al principio comprendía ocho arzobispados, y veintinueve obispados.

En el año 1868 había en la India un millón quinientos mil católicos; hoy son cinco millones doscientos veinticinco mil, cifra todavía exigua para un país de más de trescientos ochenta millones de habitantes. Pero la situación ha evolucionado de un modo muy favorable. Aún hoy la masa principal de católicos vive en el sur, donde el nivel cultural es

relativamente elevado, e intervienen activamente en la vida pública. Los cristianos unidos de Santo Tomás en la costa del actual estado de Kerala, que suman medio millón, no constituyen un cuerpo extraño, sino que participan normalmente en la vida eclesiástica. En el norte quedan aún grandes trechos de pura diáspora, aparte de algunas grandes ciudades como Calcuta. En cambio, en el norte abundan más las conversiones que en el sur.

La independencia política de la India no ha perjudicado, en conjunto, a la Iglesia, que estaba ya suficientemente arraigada. Sin embargo, no son de desdeñar los peligros que amenazan a la Iglesia por parte de un nacionalismo exaltado, no menos que el latente peligro de comunismo en la India. De los cuatro mil quinientos sacerdotes que actualmente trabajan en la India, casi la mitad, entre ellos muchos obispos, son indígenas; de las diez mil religiosas, lo son siete mil. Ya nadie habla de las cuestiones de adaptación y ritos. El régimen de castas, que tantas dificultades causó anteriormente, apenas se nota ya en la vida de la Iglesia.

Actualmente (datos de 1978) hay en la India 83 diócesis y dos prefecturas de rito latino, 17 diócesis de rito siro-malabar y dos de siro-malancar. El número de obispos se ha elevado a 125, tres de los cuales son cardenales (y sólo siete de los 125 son extranjeros). El número de creyentes de los tres ritos se eleva a diez millones.

Aunque el Pakistán, segundo estado del subcontinente indio, es una república islámica, la Iglesia goza también aquí de libertad, si bien sus posibilidades de crecimiento son limitadas. De los 65 millones de habitantes (1972), sólo unos 380 mil son católicos.

Desde 1971 —independencia de Bangladesh— la minoría católica es allí muy activa, y especialmente influyente en el campo de la educación. En 1976 tenían los 136 000 católicos (actualmente 142 000 en una población de 71,5 millones de habitantes), 274 centros de enseñanza, lo cual denota una notable efectividad. La nunciatura de Bangladesh fue erigida por Pablo VI, en marzo de 1973.

Realmente, en estas inmensas regiones, tiene aún la Iglesia un campo enorme de trabajo. Ciertamente que la Iglesia de la India, Pakistán y Bangladesh dista aún mucho de ser independiente de la ayuda misional de Europa y América; pero ya no es país de misión en el sentido de que sólo hubiera de poderse llevar aquí a cabo trabajos de pioneros o exploradores.

### *China.*

Tampoco China es, medida a la escala europea, un país, sino un continente; sólo que, a diferencia de la India, ha constituido ya de antiguo una unidad nacional y política. En tiempo de los navegantes españoles y portugueses, China era un mundo cerrado, un reino de fábula, de la que

oían hablar en todas partes, más poderoso y civilizado que el Japón, pero cuyo acceso les estaba vedado. San Francisco Javier se había dado cuenta de que China constituía la posición clave para la evangelización del Extremo Oriente entero; pero murió ante la puerta del inmenso país, sin haber podido pisar su suelo.

Cinco años después de la muerte de Javier (1557) consiguieron los portugueses sentar pie en la isla de Macao. Macao está cerca del lugar donde había muerto Javier, a la entrada de Cantón, capital de la China meridional. La situación estaba bien elegida. Macao pronto pudo rivalizar con Goa. Hoy su importancia ha pasado a la vecina Hong-Kong, que los ingleses ocuparon en el siglo XIX.

Desde Macao y desde las islas Filipinas, los franciscanos, agustinos y dominicos hicieron frecuentes y siempre vanos intentos para penetrar en China, que estaba cerrada a todos los extranjeros. Los primeros que lo consiguieron, en 1583, fueron dos jesuitas italianos, Ruggieri y Ricci. Ricci se presentaba como un sabio chino, aunque sin intención de engañar, tal como había hecho en la India su correligionario Nobili. Hablaba y escribía el chino clásico, y con sus conocimientos de matemáticas, astronomía y geografía supo hacerse tan útil al gobierno, que éste no le puso obstáculos a que predicara el cristianismo. En 1601 se estableció definitivamente en Pekín, donde murió en 1610. Para proseguir la obra de Ricci, los jesuitas enviaron de Europa misioneros especialmente preparados en el aspecto científico y técnico. El P. Adam Schall de Colonia, que ocupaba el puesto de Ricci desde 1631, pudo mantenerse en él cuando en 1644 los manchúes conquistaron Pekín y derribaron la antigua dinastía. Schall era mandarín de primera clase. Los jesuitas abrigaban la esperanza de poder servirse de su influencia sobre el emperador para implantar el cristianismo en todo el país. Y aunque esta esperanza de encontrar un nuevo Constantino resultó vana, con todo y a pesar de diversas persecuciones, en el año 1650 se contaban en la China ciento cincuenta mil cristianos.

En el siglo XVII entraron también en China misioneros de otras órdenes: los dominicos desde 1632, los franciscanos desde 1633, y más tarde los agustinos y sacerdotes del seminario de París. Algunos de estos misioneros creyeron que los jesuitas iban demasiado lejos en la tolerancia de ciertos usos chinos, como las ceremonias en honor de los antepasados y de Confucio, y así fue como se planteó con el tiempo la desdichada cuestión de los ritos chinos, que tantos perjuicios causó a esta primera labor de penetración. No se trataba sólo de una rivalidad entre las órdenes; los problemas eran realmente espinosos, y las opiniones andaban divididas dentro de las propias órdenes, los jesuitas incluso. Pero en Europa, al exacerbarse la campaña contra la Compañía de Jesús, se hinchó desmedidamente el conflicto, y se tomó pie de él para acusar a los jesuitas

no sólo de laxismo moral, y de ambicionar riquezas y poder, sino también de idolatría y desobediencia al papa.

La primera condena de la táctica jesuítica de acomodación la dictó Inocencio X en 1645. Los jesuitas dieron explicaciones y consiguieron una cierta suavización de la condena. El delegado apostólico Tournon, que ya en la India se había pronunciado contra la acomodación, pasó en 1707 a China y volvió a hablar en términos muy duros contra las prácticas jesuíticas. El delegado siguiente, Mezzabarba, hizo en 1720 algunas concesiones, que Roma no aprobó. Finalmente, Benedicto XIV pronunció en 1744 la condena definitiva. Es, de todos modos, exagerada la afirmación hecha por algunos historiadores modernos de que el decreto papal asestó el «golpe de muerte» a la misión en China. En el año 1726 había en China trescientos mil cristianos, y este número se mantuvo, a pesar de las muchas persecuciones sufridas, hasta el siglo XIX. Mucho más que todos los decretos sobre los ritos, lo que realmente perjudicó a la misión en China fue la extinción de la Compañía de Jesús.

El único obispado de China fue, al principio, Macao (desde 1575). La Congregación de Propaganda creó en 1659 dos vicariatos apostólicos en Tonkín y en Conchinchina, a las que fueron adscritas varias provincias chinas, y luego en 1680 un vicariato apostólico en Fukien para toda la China meridional. Esto suscitó rozamientos con el patronato portugués, y en 1690 el papa, para contentar a Portugal, estableció las diócesis de Pekín y Nankín, que fueron puestas bajo el arzobispo de Goa.

El primer sacerdote chino fue un dominico, que en 1656 recibió las órdenes en Manila y más tarde fue nombrado vicario apostólico en Nankín. En calidad de tal consagró a tres jesuitas chinos. A los sacerdotes indígenas se debe sobre todo que el cristianismo chino pudiera sobrevivir a los difíciles años en torno a 1800, cuando no era posible recibir refuerzo alguno de Europa. Además, en 1811 estalló una violenta y larga persecución. Hasta 1844 no consiguió Francia imponer la libertad religiosa, que fue confirmada en los tratados de Tientsin en 1858 y de Pekín en 1860. Hacia 1860 se contaban trescientos veinte mil católicos con ciento treinta y cinco sacerdotes chinos y ochenta y cuatro extranjeros. El protectorado francés dio lugar a un gran auge religioso. A los franciscanos, dominicos, lazaristas y sacerdotes del seminario de París, se añadieron en 1842 jesuitas, en 1858 sacerdotes del seminario de Milán, en 1865 misioneros de Scheut, en 1870 hermanos de las Escuelas Cristianas, en 1879 misioneros de Steyl y otros. Las primeras hermanas de la Caridad llegaron en 1847, las canosianas italianas lo hicieron en 1860, las hermanas de las Ánimas en 1867. Hoy todas las grandes órdenes intervienen en las misiones chinas. El número de católicos ascendía en 1900 a setecientos cuarenta y dos mil, en 1940 a tres millones ciento ochenta y tres mil con seiscientos cincuenta y cinco mil catecúmenos, lo que permite calcular que en 1952, con un

incremento anual de cien mil, se habían rebasado ya con mucho los cuatro millones. El número de sacerdotes chinos pasó de ciento treinta y cinco hacia 1850 a cuatrocientos en 1900 y a dos mil ciento trece en 1940. En 1926 Pío XI administró personalmente la consagración episcopal a seis sacerdotes chinos, y Pío XII nombró en 1946 al primer cardenal de esta nación. En el mismo año elevó a diócesis los antiguos vicariatos apostólicos, de modo que hoy China posee veinte arzobispados y setenta y nueve obispados.

La interminable sucesión de persecuciones, guerras civiles y banderías no consiguieron detener la obra misionera. En las matanzas de Tientsin en 1870 perdieron la vida treinta mil cristianos. En el levantamiento de los Boxers en 1900 fueron asesinados cuarenta y cinco misioneros, nueve hermanas y numerosos seglares. La revolución de 1911, que derribó el Imperio, no molestó a las misiones, pero sí las guerras siguientes. Los misioneros tenían que estar siempre prestos a darse a la fuga, so pena de tener que pagar un rescate a los bandidos en cuyas manos caían; se destruían iglesias y escuelas. Pero el país es tan inmenso, que la guerra sólo afectaba a algunas regiones cada vez y los daños podían ser reparados con relativa celeridad.

La revolución política de 1949 trajo a la Iglesia en China un período de sufrimientos, que no admite comparación con persecución alguna del siglo XX y acaso con ninguna de las Iglesias en general. Las instituciones docentes de la Iglesia hubieron de clausurarse. Casi todos los misioneros extranjeros fueron expulsados. Muchos seminaristas huyeron a las Filipinas o a Hong-Kong. Los comunistas, con tenaz consecuencia, intentaron fundar una iglesia nacional china independiente de Roma. Obispos, sacerdotes y seglares, fieles a Roma, fueron encarcelados, condenados a trabajos forzados en las remotas fronteras del país y hasta asesinados. Después de años de prisión, lograron finalmente, a partir de 1958, que varios sacerdotes consintieran en recibir la consagración episcopal sin autorización de Roma.

Pío XII condenó (junio de 1958) estas ordenaciones episcopales y Juan XXIII hablando de ellas utilizó la palabra «cisma» (diciembre de 1958). En cambio, Pablo VI intentó un acercamiento.

El 20 de octubre de 1963 expresó su deseo de haber podido abrazar a *todos* los obispos de China con motivo del Vaticano II. Posteriormente, en 1965, envió un telegrama a Mao Tse Tung con ocasión de ofrecerse para mediar en Vietnam.

La erección de la nunciatura en Formosa enfrió un tanto los ánimos (aunque desde 1973 esta nunciatura está llevada por un encargado de negocios).

La revolución cultural significó una nueva persecución de la iglesia china. Pero las noticias que comenzaron a llegar otra vez a partir de 1971 permiten deducir que en China hay actualmente unos 1000 sacerdotes y 65

obispos (45 de los cuales lo son sin el *placet* romano). Dado el casi total aislamiento de China respecto al mundo exterior, es difícil decir hasta qué punto están íntimamente conformes estos obispos con los fines de una iglesia nacional que, en los planes de los comunistas, ha de ser evidentemente la etapa previa de la total apostasía de la fe. Las escasas noticias que llegan al extranjero de las comunidades católicas, son testimonio de la dolorosa ansia por la unidad de la Iglesia, y de inmovible adhesión a la Sede apostólica.

Con el continente Chino, contrasta totalmente el desenvolvimiento misional en la isla de Formosa (Taiwan), donde huyó el gobierno nacionalista chino de Chian-Kai-chek. A fines de 1945 la isla sólo contaba diez mil católicos para una población de unos seis millones de habitantes. Actualmente, para una población de nueve millones y medio de habitantes, el número de católicos se acerca a los trescientos mil. El rápido desarrollo misional se debe a que muchos sacerdotes, expulsados de la China roja trabajan ahora en Formosa. De veinte sacerdotes en 1945, la cifra supera hoy ampliamente el medio millar.

Formosa cuenta actualmente con una facultad de teología, que pretende enseñar teología «china», a fin de lograr una fuerte encarnación de la Iglesia en la cultura china. Tal es también la pretensión de la jerarquía de Formosa.

Realmente, el feliz desenvolvimiento en Formosa proyecta un rayo de esperanza sobre la historia misional china, tan sombría de momento. Esta historia demuestra que las reacciones o retrocesos no son muy duraderos en China. Si así se cumpliera una vez más, China sería uno de los países más prometedores para la Iglesia, y es posible que el centro de gravedad de ésta que ya actualmente se desplaza de Europa a América, venga a situarse en siglos por venir en China. El «peligro amarillo», de que tanto hablaban los políticos europeos del siglo XIX, es para la Iglesia una «esperanza amarilla».

### *El Japón.*

La historia de la evangelización del Japón fue durante largo tiempo una sucesión de decepciones. San Francisco Javier, viniendo de Goa y Malaca, desembarcó en 1549 en el Japón, recorrió una gran parte del imperio insular y exploró las posibilidades que el país ofrecía para la obra misional. Cuando en 1551 regresó a Goa, dejó allí a su hermano en la orden, Torres. No tardaron en llegar otros misioneros jesuitas, y el número de cristianos ascendió verticalmente. En 1571 había treinta mil, y treinta años después setecientos cincuenta mil. Eran frecuentes las conversiones entre los nobles y los príncipes. El superior de los jesuitas, Valignani, era un organizador de primer rango y al propio tiempo un decidido enemigo

del europeísmo en la práctica de las misiones. En 1582 una embajada de cuatro príncipes cristianos se trasladó a Europa, fueron honorablemente recibidos por el papa y a su regreso en 1590 informaron sobre la grandeza de la Iglesia y el esplendor de los países occidentales.

Sin embargo, hubo que aguardar hasta 1596 a que llegara al Japón el primer obispo. Éste consagró en 1601 a los primeros sacerdotes japoneses, dos jesuitas y un clérigo secular. Hoy nos es difícil comprender el descuido en que en aquella época, y aun más tarde, se tenía al clero indígena; pero no se debió sólo a una «negligencia que nada alcanza a justificar del todo» por parte de los jesuitas, como escribe un moderno historiador de las misiones. En todo caso, no fue esto lo que trajo la catástrofe, sino la violencia ejercida por el gobierno. Desde 1592 llegaron también al Japón misioneros de otras órdenes, sobre todo españoles de las Filipinas.

Ya en 1587 el *shogún* Taikosama, como lo llaman los misioneros, publicó el primer decreto de persecución. Más tarde adoptó una actitud más benévola, pero en 1597 hizo ajusticiar a seis franciscanos, tres jesuitas y diecisiete cristianos. Son los famosos mártires de Nagasaki, que Pío IX canonizó en 1862. La persecución arreció bajo el sucesor de Taikosama, Daifusama. Holandeses e ingleses le azuzaban contra los portugueses y los españoles y, por tanto, contra los católicos. A partir de 1612 se sucedieron los decretos, seguidos todos de nuevos martirios. En el año 1625 el número de cristianos en el Japón se calculaba todavía en seiscientos mil, pero había desaparecido toda posibilidad de introducir más sacerdotes. Fueron inútiles todos los intentos hechos por los dominicos, franciscanos, agustinos y jesuitas. Los intrusos eran las más de las veces descubiertos y degollados. Los últimos jesuitas desembarcaron en 1643. En el siglo XVIII el sacerdote Sidotti, que había ido a la China con el delegado Tournon, alcanzó la costa japonesa, pero también él murió en la prisión en 1715. Tres jesuitas que en 1749 partieron para aquel país, desaparecieron sin dejar rastro.

En 1858 consiguió finalmente Napoleón III que los pocos franceses que residían en el Japón pudieran ejercer su culto, pero aun entonces quedó prohibida toda actividad misional. El vicario apostólico Petitjean descubrió en 1865 restos de antiguos cristianos japoneses, que al entrar en contacto con él se cercioraron cautelosamente de si reconocía al papa, observaba el celibato y practicaba el culto a la Virgen. Estos cristianos seguían bautizándose, pero con una fórmula de bautismo inválida, y cuanto pudo hacer el vicario fue reconducir una parte de ellos a la Iglesia católica; allí había, sin embargo, un pequeño núcleo que con el tiempo podía dar lugar a una comunidad en forma. El gobierno decretó la tolerancia religiosa en 1875, y entonces empezó un lento incremento de los grupos cristianos, que de veinte mil que eran en 1879 pasaron a cincuenta y cuatro mil en 1898. Sin embargo, desde 1932 se experimentó como urgente la necesidad de poner en manos japonesas la dirección de su joven Iglesia. Ya en 1927 fue

ordenado el primer obispo japonés (Januarius Hayasaka). En 1936 la Iglesia dejó de oponerse a la participación de los creyentes en los «ritos» o costumbres sociales del país que antes les estaban prohibidos. Esto significó un gran paso, pero no por ello la Iglesia dejó de formar parte de la presencia extranjera en un país que, por aquella época, mostraba un nacionalismo vehemente. La «Ley sobre las corporaciones religiosas» de 25 de marzo de 1939 no reconocía a ningún extranjero como presidente de una comunidad nacional. Esto obligó a Roma a una rápida transferencia de la dirección de la Iglesia a manos de preladados japoneses, quienes elaboraron las «constituciones de la Iglesia japonesa» y consiguieron en 1941 la aprobación del Estado.

Tras la segunda guerra mundial se produce un notable cambio. El sintoísmo es declarado oficialmente mítico y pasa a ser religión privada. El nacionalismo anterior pierde su agresividad.

Las perspectivas misioneras aumentan al encontrar menos dificultades para la erección de escuelas, hospitales, universidades, etc. Pero las estadísticas no son muy brillantes. En 1974, de 105,9 millones de habitantes sólo 363000 eran católicos y en 1977, de 113 millones, el número de católicos había llegado sólo a 392000. De todos modos es alentador el número creciente de clero indígena, así como de religiosos y religiosas. La inculturación ha llevado consigo un movimiento de simpatía hacia la Iglesia, que tiene cierto influjo moral en la sociedad y se mantiene en diálogo con las corrientes culturales de aquel país.

Sin embargo, en conjunto, el Japón es una de las tierras misionalmente más difíciles. La industrialización del Japón, empezada ya hace años y que hoy ha llegado a su plenitud, ha destruido casi por completo las viejas convicciones religiosas arraigadas antes en el pueblo, por más que pervivan todavía las huecas envolturas de las formas tradicionales del culto. Por consiguiente, la misión no se encuentra ya ante personas poseedoras de ideas religiosas con las que pueda establecerse un enlace, sino ante la población atea de un moderno estado industrial, situación que no tardará en producirse también en otras tierras de misión y que no podrá menos que dificultar de un modo decisivo la labor misionera.

### *Las Filipinas.*

Entre los tres grandes imperios asiáticos de India, China y Japón por un lado, y el continente australiano por el otro, existen grandes masas de tierras recortadas y rodeadas por brazos de mar: la península de Malaya y el mayor archipiélago del globo, extendido desde Sumatra hasta las Filipinas y Nueva Guinea. Los centros misionales para este mundo, que en extensión es comparable a Europa, fueron en el siglo XVI de una parte Malaca, ocupada por los portugueses en 1511, y de otra el archipiélago de las Fili-



pinas, conquistado en 1559 por los españoles, quienes le dieron el nombre de su rey Felipe II. De Malaca partió en 1546 san Francisco Javier hacia las Molucas y predicó en Amboina y Ternate. A la esfera portuguesa pertenecían Siam y Camboya, donde en el siglo XVII se hicieron intentos de misión. Las misiones católicas de las islas de la Sonda fueron casi totalmente aniquiladas por los holandeses, quienes en 1641 conquistaron las Molucas, e isla tras isla fueron ocupando todo el archipiélago. Sólo en la isla de Timor, que siguió siendo portuguesa, se mantuvo una colonia católica de alguna importancia, que hoy cuenta con setenta mil fieles. En las islas neerlandesas los sacerdotes católicos no pudieron penetrar hasta 1807, y al principio sólo para atender a la colonia europea. Una labor propiamente de misión no volvió a empezar hasta 1859; su actividad aumentó a partir del fin de siglo, pero entretanto el Islam había tomado posesión de todas las Indias holandesas.

Las Filipinas fueron españolizadas y cristianizadas, al estilo de las colonias españolas en América. Los misioneros, que venían por la vía de Méjico, eran como allí unos decididos protectores de los indígenas. Los primeros fueron agustinos; luego predominaron los franciscanos. Los dominicos organizaron en 1592 una provincia de su propia orden, y lo mismo hicieron los jesuitas en 1606. Manila, sede episcopal desde 1578, fue elevada a arzobispado en 1595, con tres sufragáneas: Nueva Segovia, Nueva Cáceres, Cebú. A mediados del siglo XVII se contaban dos millones de cristianos.

La colonia quedó casi indemne de los acontecimientos que se desarrollaban en el resto del mundo. Agravaba su aislamiento el hecho de que todo el tráfico comercial se hacía con España pasando por Méjico. Hasta 1814 no fue abierta Manilla al comercio internacional. En la época de la Ilustración y del liberalismo llegaron de España el anticlericalismo y la masonería, lo mismo que ocurría en América. Igual que en América, constituía un grave inconveniente el hecho de que el gobierno español no supiera decidirse a nombrar obispos nacidos en el país. En 1898, cuando España perdió las colonias, no había aún ningún filipino entre los obispos del archipiélago.

La ocupación por los Estados Unidos dio al principio la impresión de que sólo daños aportaría a la Iglesia. Entre otras conquistas de la civilización, los americanos introdujeron las escuelas laicas. Las sectas protestantes desplegaron una actividad muy intensa. Por otra parte, se incrementó en gran manera la labor propiamente pastoral, en parte fomentada por clérigos regulares americanos. El número de diócesis fue aumentado de cinco a quince. La segunda guerra mundial, con la ocupación japonesa de 1942-1944, produjo grandes daños materiales, y también es de lamentar la muerte de más de cien sacerdotes.

Como en los demás países de Europa o Sudamérica hay en las Filipinas muchos católicos que no practican o que incluso se manifiestan hostiles a la Iglesia. Es sobre todo sensible la falta de sacerdotes: sólo hay unos tres mil, mientras los Estados Unidos, para un número doble de católicos, tienen treinta y nueve mil. Hay que observar, sin embargo, que en los últimos años se ha notado un incremento en el número de vocaciones. De todos modos, las Filipinas, con sus veintidós millones de católicos, es un país netamente católico, el único en el hemisferio oriental. Es ésta una impresión que sorprende a todo aquel que llega al archipiélago procedente de China o del Japón. El Congreso Eucarístico de Manila en 1937 fue un acontecimiento para el Asia oriental, que se celebró con el mayor esplendor. Las Filipinas son un país asiático. Aunque hable español, el filipino no es por eso europeo. El europeo, que apenas distingue a los japoneses de los chinos, los toma también por uno de éstos. Por su sola existencia, la católica Filipinas contribuye a connaturalizar la Iglesia en el Asia. Hay cardenal en Manila.

#### *Vietnam.*

En el siglo XVI franciscanos españoles pasaron de Filipinas a Célebes, Borneo y Sumatra, aunque sin obtener resultados duraderos. Tonkín y Cochinchina recibieron también de Manila sus primeros misioneros. En Tonkín operaron, junto a los dominicos de Manila, sacerdotes del seminario de París. A despecho de persecuciones, a fines del siglo XVII se contaban allí doscientos cincuenta mil católicos, con un clero indígena. Cochinchina, Annam y Tonkín tuvieron también que sufrir enconadas persecuciones durante el siglo XIX, especialmente bajo el emperador Tüdük, quien hizo dar muerte a cinco obispos, ciento quince sacerdotes y millares de fieles. Las luchas políticas y religiosas terminaron en 1886 con la ocupación de toda Indochina por Francia.

Después de la segunda guerra mundial, los dos reinos de Laos y Camboya han logrado la independencia. Las minorías católicas son en ellos muy pequeñas. A consecuencia de la ocupación japonesa, ya durante la segunda guerra mundial surgió en Vietnam un fuerte movimiento comunista de independencia, que intentó apoderarse del poder en todo el país. Por el convenio de Ginebra de 1954, el Vietnam fue dividido por una línea de demarcación que sigue el paralelo 17. El norte del país, en que se halla el centro de gravedad de la misión católica, quedó en poder de los comunistas. Sin embargo, el convenio de Ginebra dio facilidades para que setecientos mil católicos con una gran parte de sus obispos y sacerdotes se establecieran en el sur. Así, en la república del Vietnam sur, vivían un millón y medio de católicos para una población de nueve millones de habitantes, mientras en el norte comunista quedaron aún ochocientos mil

para quince millones de habitantes. En el Vietnam del norte, no sólo quedó la Iglesia reducida en extremo por la emigración, sino que, después de unos años, se inició con creciente intensidad el mismo proceso de la China roja. También aquí hubieron de abandonar el país casi todos los misioneros extranjeros, a la par que se forzaba a separarse de Roma a los sacerdotes indígenas. La totalidad del Vietnam recibió en 1960 una jerarquía ordinaria (con él eran 38 los países de misión que la habían obtenido desde 1886). Se crearon 3 arzobispados y 17 obispados. En el Vietnam del Sur, después de la partición, existían buenas posibilidades para la acción de la Iglesia. Pero luego el movimiento comunista del Vietcong, dirigido desde el Norte, desencadenó con la creciente actividad de sus guerrillas una guerra civil en la que el gobierno sudista fue apoyado por las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Esta guerra civil tenía forzosamente que paralizar la actividad misionera. Poco antes y después del asesinato del presidente católico Diem, en 1963, los budistas manifestaron un fuerte resentimiento contra los católicos. Paulo VI intentó en 1966, por medio de un delegado personal, reanudar el diálogo entre católicos y budistas y poner de manifiesto la neutralidad política de la Iglesia.

En septiembre de 1975, empezó una campaña sistemática de expulsión de misioneros extranjeros, pasando la Iglesia de este país a ser una Iglesia del silencio. El obispo Nguyen van Thuan estuvo encarcelado de 1976 a 1978. Pablo VI nombró cardenal en 1976 al arzobispo de Hanoi, Joseph Marie Trin-nhu-Khuê (fallecido el 27-XI-73). De los 47 millones de habitantes del Vietnam, sólo son católicos 2,8 millones.

### *Corea.*

Sobremanera curiosa es la historia misional de la península de Corea, ya que allí se formó una comunidad de cristianos antes de que llegara ningún misionero. Corea era un estado vasallo de China, totalmente inaccesible a los europeos. Pero llegaron a ella unos libros cristianos chinos, que fueron leídos ávidamente. Un miembro de la embajada que anualmente se enviaba a Pekín para pagar el tributo, se hizo bautizar en la ciudad imperial en 1784. A su regreso, formó una comunidad de cuatro mil cristianos. Ésta tuvo pronto que sufrir persecuciones, e incluso martirios. Hasta 1794 no pudieron los católicos coreanos recibir la visita de un sacerdote: era un chino y se presentó disfrazado. Desde 1831 los misioneros de París no cesaron en sus intentos de penetrar en la península, pero todavía en 1866 fueron muertos el vicario apostólico con varios misioneros. Desde que en 1895 Corea pasó a ser un protectorado japonés, al menos cesaron las persecuciones sangrientas.

La misión se desarrolló bien hasta que, a fines de la segunda guerra mundial, el país fue dividido por el paralelo 38 en zonas de ocupación por

la Unión Soviética y los Estados Unidos, de las que posteriormente surgieron una república popular comunista en Corea del norte y una república de Corea del sur. El centro principal de la misión católica estaba también aquí en el norte. En la guerra de Corea de 1950-53, en que también el sur estuvo por mucho tiempo ocupado por tropas comunistas, la misión hubo de sufrir gravísimos daños. Muchos misioneros y sacerdotes indígenas fueron asesinados y deportados. Desde entonces, sobre la Iglesia de Corea del norte ha caído tupido velo de absoluto silencio. En Corea del sur, pareció que, al terminar el conflicto, había llegado la hora de un rápido crecimiento. En 1965, para veintiocho millones de habitantes, se contaban allí unos seiscientos setenta mil católicos. Sin embargo, las tensiones de la política interna han vuelto a frenar nuevamente el desarrollo misional. En 1962 recibió también Corea su propia jerarquía. En las dos partes del país existían tres arzobispados y ocho obispados.

En 1966 quedaba erigida la nunciatura y el primer cardenal coreano era nombrado en 1969 (Stephen Sou Hwan Kim). Las iglesias cristianas, fueron, por otro lado y a pesar de sus dimensiones reducidas, el centro de la oposición espiritual al régimen dictatorial de Park. Las tensiones entre la Iglesia y el Estado llevaron en agosto de 1974 a la detención del obispo de Wonju, que fue condenado por un tribunal militar a quince años de prisión (aunque fue liberado, con otros 150 presos, en febrero de 1975). Hoy la Iglesia de Corea cuenta con cerca de un millón de almas, dentro de una población que alcanza más de 40 millones de habitantes.

Así pues, el Asia monzónica, o sea todo el espacio ocupado por la India, Indochina, China, Japón y las islas surorientales, contiene una cristiandad católica de unos veinticinco millones de miembros, o sea aproximadamente tanto como los Estados Unidos de Norteamérica. ¡Cuan distinto es, empero, el cuadro! En el Asia monzónica habita la mitad de la humanidad, y los católicos pasan casi inadvertidos en tan enorme masa. Norteamérica tiempo ha que dejó de ser tierra de misión. Su Iglesia no necesita ya recibir, sino que está en situación de dar. En cambio, a la Iglesia asiática le falta aún mucho para que pueda sostenerse en todas partes sin ayuda: muchas de sus regiones dependen aún de la aportación exterior, sobre todo en cuanto a los sacerdotes. Pero la Iglesia asiática está en marcha, y en marcha hacia delante, sobre todo en los dos países principales, la India y China. Ha adquirido ya carta de naturaleza en el Asia: existe una cristiandad católica de tipo asiático. En la Roma de hoy, el sacerdote y obispo «moreno» o «amarillo» es ya una figura familiar y cotidiana. La Iglesia no conoce problemas raciales.

*Australia.*

En Australia, el último de los continentes descubiertos y ocupados, la historia eclesiástica empieza en 1787. Aquel año llegó a Botany Bay, donde más tarde había de levantarse Sydney, el primer transporte de penados procedente de Inglaterra. Entre los deportados, cuyo número fue aumentando en sucesivas expediciones, se hallaban también presos políticos, y entre ellos irlandeses católicos. En el año 1817 un cisterciense irlandés obtuvo permiso del gobierno para trasladarse a Australia para prestar asistencia espiritual a aquellos desdichados, pero el gobernador de la colonia no le dejó desembarcar. Hasta 1821 no pudieron pisar suelo australiano dos sacerdotes, los cuales se encontraron con un grupo de dos mil católicos. Eclesiásticamente Australia pertenecía entonces al vicariato apostólico de la isla Mauricio. Habiéndose revocado en Inglaterra la legislación anticatólica en el año 1829, el sacerdote inglés Ullathorne, enviado a Australia en 1832 en calidad de Vicario general, pudo proceder a organizar la labor pastoral. Se encontró con veinte mil católicos, los cuales, empero, sólo disponían de una iglesia, dos capillas y cuatro sacerdotes, uno de los cuales residía en Tasmania. El primer vicario apostólico de Australia fue el benedictino John Polding, nombrado en 1834. En 1842 se creó el arzobispado de Sydney y el obispado de Hobart, en Tasmania. Pronto siguió el establecimiento de otras diócesis: en 1843 Adelaida, en 1845 Perth, en 1847 Melbourne. Hoy existen en Australia cinco archidiócesis con dieciocho sufragáneas, más un vicariato apostólico y una abadía *nullius*. El número de católicos se ha elevado a un millón setecientos cincuenta mil, casi el quinto de la población total.

Australia es un país poblado por blancos. Los indígenas, para los cuales se han creado misiones, cuentan sólo algunos millares. Los católicos (de los 13,6 millones de habitantes son católicos 3,6 millones, un 26,4 %) gozan de gran prestigio: disponen de sus propias escuelas y colegios, y muchas órdenes religiosas han organizado su provincia australiana. El futuro dirá si a la larga podrá mantenerse su artificial estado de aislamiento y las barreras que ha puesto a la inmigración asiática. En todo caso, la situación de la Iglesia es allí lo bastante sólida para que necesite mirar con aprensión las posibles crisis exteriores. Hay que reconocer, sin embargo, que con ser muy satisfactoria la situación de la Iglesia en Australia, será difícil que este país llegue nunca a desempeñar un papel importante dentro de la Catolicidad: el continente australiano está demasiado remoto y, sobre todo, demasiado vuelto de espaldas al resto del mundo. Lo mismo puede decirse, y con mayor razón todavía de Nueva Zelanda: con una archidiócesis y tres diócesis, la iglesia de Nueva Zelanda cuenta con 446000 católicos, el 14,2 % de la población.

*Los países del Islam.*

El Asia monzónica tropical está separada de Europa por un ancho cinturón de tierras secas, que desde Europa se conocen con el nombre de Asia anterior: Anatolia, Siria, Mesopotamia, Persia, Arabia. Por sus características geográficas pertenece también a esta parte del mundo todo el norte de África y también las regiones del Asia central al oriente del mar Caspio, que por el norte se funden imperceptiblemente con los desiertos del Asia septentrional. Es una faja de tierras esteparias y desérticas que, en una anchura de más de dos mil kilómetros, se extiende desde los verdes promontorios de la costa atlántica hasta el desierto de Gobi. Esta faja representa el mundo del Islam, y junto con toda el Asia septentrional constituye la mayor mancha blanca en el mapa de la Iglesia. No sólo por ser insignificante el número de católicos en esta zona, sino porque apenas puede registrarse en ningún punto de ella el menor progreso misional. Y sin embargo, algunas de sus regiones, como Argelia, Egipto, Siria, Asia Menor, fueron antaño florecientes países católicos.

Dos pequeños estados con mayoría cristiana forman como unos islotes rodeados por el mundo islámico: Abisinia y la república del Líbano, independiente desde 1946. La unión con la Iglesia de los cismáticos abisinios ha constituido desde el siglo XVI el fin perseguido por un gran número de misioneros jesuitas, franciscanos y capuchinos, algunos de los cuales perdieron la vida en su empeño. Los abisinios unidos apenas llegan hoy a treinta mil, la mayoría residentes en Eritrea. La nueva república del Líbano, con su capital Beirut, tiene algo más de un millón de habitantes, cristianos en su mayor parte, de ellos unos cuatrocientos mil católicos. Beirut es hoy la sede del patriarca de los armenios unidos y del de los sirios católicos, los dos actualmente cardenales, además del nuncio apostólico. El patriarca de los maronitas reside en el Líbano.

Los católicos de todos los ritos que viven en el resto del territorio islámico, no llegan en conjunto ni a los dos millones. La mayor parte de ellos corresponden al África septentrional francesa, incluyendo a Túnez, y son casi todos de origen europeo.

La razón de que la Iglesia no haya podido penetrar en esta «mancha blanca», no consiste en una falta de voluntad misional ni tampoco en la inconvertibilidad individual de los musulmanes, sino en la absoluta intolerancia de la sociedad islámica. No importa cuál sea el tenor de las leyes vigentes en cualquiera de estos países: el musulmán que recibe el bautismo, o aunque se limite a acercarse al misionero con esta intención, pierde indefectiblemente toda su consideración social y muchas veces pone incluso en peligro su vida. En el Pakistán, como en todos los países islámicos, hay muchos estudiantes musulmanes que asisten a las universidades católicas. Pues bien, la posibilidad de que uno se convierta al cristianismo es casi un motivo de aprensión para los misioneros, pues es casi seguro que ello acarrearía el cierre del establecimiento y el fin de toda

la actividad misional. Una vez fuera de su medio, el musulmán no es más difícil de convertir que otro cualquiera. Es la coacción social, lo que hace que las conversiones sean extraordinariamente raras.

Ahí está la gran tarea que aguarda a la Iglesia del futuro, tarea que ni siquiera se ha empezado todavía. Por lo demás, la Iglesia puede ya considerarse universal en todos los sentidos, incluso el geográfico. En todas las partes del mundo se ha hecho, por lo menos, un comienzo, y en las tierras de mayor porvenir, India, China y acaso el África central, bastante más que un comienzo. Tiempo ha que el mundo islámico ha dejado de ser una barrera que encierre a la Iglesia en Europa, como en la Edad Media; hoy la barrera ha sido rebasada y rodeada por todos los lados. Pero sigue siendo un mundo inaccesible a la Iglesia, y no hay por ahora síntomas de que esta situación haya de cambiar en un futuro previsible.

### *África.*

Al sur del Sahara, África es una tierra de misión nueva. Al oeste, en las islas atlánticas, existen diócesis antiguas: Las Palmas, en las Canarias, existía ya en el siglo XV, la diócesis de Funchal fue creada en 1514, la de las Islas de Cabo Verde lo fue en 1532 y la de las Azores en 1534. En estas islas viven cosa de un millón de católicos. De las antiguas posesiones portuguesas en el continente africano cabe mencionar Angola en el oeste y Mozambique en el este. Angola es obispado desde 1596 y está actualmente dividida en un arzobispado y cinco obispados sufragáneos. Lorenzo Marques fue obispado en 1612. El actual obispo es cardenal. De las islas del océano Índico, las de Mauricio y Reunión cuentan actualmente en total unos quinientos mil católicos; las Seychelles, Almirante y Zanzíbar sólo unas decenas de millar.

En la gran isla de Madagascar, que por sus características geográficas pertenece más al Asia que al África, no se creó un vicariato apostólico hasta 1848. Las misiones se han desarrollado extraordinariamente bien, de suerte que la isla alberga actualmente más de un millón de católicos, con numeroso clero indígena. En 1955 pudo ser erigida en la isla la jerarquía eclesiástica. Actualmente existen tres arzobispados con diez sufragáneas.

Los blancos del África del sur son, en su mayoría, protestantes. Los boers han sido desde siempre anticatólicos. Los ochocientos mil católicos que en números redondos hay en la Unión Sudafricana, son en buena parte negros convertidos.

El resto del continente, el «África negra», hasta mediados del siglo XIX era conocido sólo en sus regiones costeras. Las líneas de comunicación por el interior son, casi todas, obras del siglo XX.

Aunque muchas misiones eran de fecha reciente y hasta recentísima, en el curso del último decenio pudo ser erigida la jerarquía en casi todo el continente. Así, existen actualmente en África más de treinta archidiócesis y más de cien diócesis, así como un número mayor de vicariatos y prefecturas apostólicas que se multiplican constantemente por división. El año 1912 se señalaban para el África un millón cuatrocientos mil católicos; ese número se había elevado ya en 1963 a veintisiete millones setecientos noventa mil. A éstos se añaden tres millones trescientos mil catecúmenos. De los trece mil sacerdotes que trabajan en África, dos mil seiscientos setenta son ya indígenas; en 1966 había dos cardenales y ochenta y cinco arzobispos y obispos naturales de África. En 1986 son ya una docena los cardenales oriundos de África.

Muchas de las misiones africanas pueden calificarse de muy prometedoras. Aun tomando el continente en conjunto, el crecimiento de la Iglesia ha superado con mucho el de la población, de suerte que el porcentaje de católicos ha subido esencialmente dentro de la población total. Los centros más densos son Uganda y el Congo, donde son ya católicas comarcas enteras. Sin embargo, la competencia de misiones protestantes y, en el norte, de la islámica, es grande. Actualmente no puede aún calcularse qué efecto haya de tener sobre las misiones católicas la aparición de nuevos Estados africanos. Difícilmente se cumplirá el sueño de muchos misioneros de que todo el África interior se haga católica en pocas décadas. Sin embargo, si el movimiento de conversiones se mantiene aún bastante tiempo; surgirá aquí una Iglesia negra, que será de importancia decisiva para el porvenir de África.